

MATERIALES PARA EL ESTUDIO DE LA ASIGNATURA  
“HISTORIA ANTIGUA”  
GRADO EN HISTORIA DEL ARTE

**SÍNTESIS DE HISTORIA POLÍTICA  
GRECIA ANTIGUA**



PROF. FERNANDO ECHEVERRÍA REY  
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA Y  
ARQUEOLOGÍA  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

2020

Fernando Echeverría Rey ([fecheverria@ucm.es](mailto:fecheverria@ucm.es))

Asignatura: “Historia Antigua”

Título: Grado en Historia del Arte

## Índice de contenidos

Introducción	3
1. La Época Arcaica ( <i>ca.</i> 750-490 a.C.)	4
1.1. La colonización	4
1.2. Las tiranías	5
1.3. Esparta	6
1.4. Atenas	8
1.5. La llegada de los persas ( <i>ca.</i> 545-494 a.C.)	10
2. La Época Clásica (490-323 a.C.)	11
2.1. Las Guerras Médicas (490-479 a.C.)	11
2.2. La Pentecontecía (479-431 a.C.)	12
2.3. La Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.)	14
2.4. Las hegemonías espartana y tebana (404-362 a.C.)	16
2.5. Filipo II y el ascenso de Macedonia (359-336 a.C.)	17
2.6. Alejandro Magno (336-323 a.C.)	18
3. La Época Helenística (323-31 a.C.)	21
3.1. Los Diádocos (323-286 a.C.)	21
3.2. Macedonia (323-168 a.C.)	22
3.3. Siria y Egipto (323-31 a.C.)	23
3.4. Grecia (323-146 a.C.)	25
3.5. La conquista romana (229-146 a.C.)	26

## INTRODUCCIÓN

El conocimiento del Mundo Antiguo es esencial en cualquier disciplina de fundamento histórico, y particularmente en la Historia del Arte, con el fin de comprender no solo las propias etapas y culturas de la Antigüedad por sí mismas, sino también su influencia cultural, intelectual y artística, su pervivencia, a través de los sucesivos periodos y hasta la actualidad. El Mundo Antiguo reviste, además, dificultades particulares para su aproximación por parte de los estudiantes: por un lado, la considerable distancia histórica, que aumenta la extrañeza y la falta de comprensión e identificación, y por otro lado el absoluto y generalizado desconocimiento de periodos y ámbitos enteros de la Antigüedad para el gran público, eclipsados por episodios y figuras de mayor popularidad como Alejandro Magno, Julio César o los faraones egipcios.

La asignatura, por tanto, plantea un necesario repaso introductorio al Mundo Antiguo con el fin de, por una parte, derribar los mitos y prejuicios existentes sobre las sociedades antiguas y, por otra parte, proporcionar al alumno los fundamentos básicos de la disciplina, como la cronología y la periodización, las fuentes, la geografía, la estructura social y económica, el funcionamiento de las instituciones y relaciones políticas, el sistema de creencias, o las principales figuras históricas. Sin embargo, puesto que el ámbito cronológico cubierto teóricamente por la asignatura son aproximadamente 3.500 años, desde ca. 3.000 a.C. hasta ca. 500 d.C., esos fundamentos deben ser por fuerza muy esquemáticos y superficiales. La historia política, esencial para comprender el funcionamiento del poder, la toma de decisiones y las relaciones entre comunidades en el Mundo Antiguo, es uno de los segmentos más extensos y por tanto más complejos de sintetizar y abarcar en el contexto de una asignatura cuatrimestral.

Con el fin de facilitar esa tarea a los estudiantes, este cuaderno proporciona una síntesis ordenada e introductoria de los principales periodos, procesos y eventos históricos de la historia de la Grecia antigua. Se trata de una narrativa esquemática que pretende proporcionar datos coherentes y homogéneos para todos los alumnos y servir de fundamento a posteriores lecturas y a una mayor profundización individual. Los términos y expresiones subrayados o en negrita son, naturalmente, de especial importancia para el seguimiento de la asignatura. Todas las fechas en esta síntesis son a.C.

La presente síntesis se basa en los siguientes manuales generales:

Gómez Espelosín, F.J. 2001, *Historia de la Grecia Antigua*, Madrid, Akal.

Hidalgo, M.J. & Sayas, J.J. & Roldán, J.M. 1995, *Historia de la Grecia antigua*, Salamanca.

Pomeroy, S.B. & Burstein, S.M. & Donlan, W. & Roberts, J.T. 2001, *La Antigua Grecia. Historia Política, Social y Cultural*, Barcelona.

Fernando Echeverría Rey

Madrid, 2020

## LA ÉPOCA ARCAICA (ca. 750-490)

La Época Arcaica comienza con una serie de hitos históricos y culturales transmitidos por la tradición literaria, y que indican la especial relevancia del siglo VIII como periodo de inicio de la etapa histórica: la celebración de los primeros Juegos Olímpicos en 776 (certámenes y competiciones en honor del dios Zeus), la fundación de los primeros asentamientos fuera de Grecia a partir de ca. 750, la composición de los poemas homéricos (que suelen fecharse en el siglo VIII), el apogeo de la producción de cerámicas de estilo Geométrico en Atenas entre 775 y 725, y el estallido de guerras a gran escala como la I Guerra Mesenia o la **Guerra Lelantina**.

Las fuentes literarias describen un conflicto entre las ciudades de Calcis y Eretria, en la isla de Eubea, por el control de la fértil llanura de Lelanton (que ha dado nombre a la guerra), y la presentan como la guerra más grande antes de las Guerras Médicas, en la que numerosas ciudades y comunidades griegas se aliaron con cada uno de los dos bandos: Mileto, por ejemplo, apoyó a Eretria, y Samos y Tesalia a Calcis. La guerra se fecha en torno a 700, y, aunque no sobreviven datos concretos, Eretria perdió al parecer, pues la llanura Lelantina quedó bajo el control de Calcis durante el resto del periodo.

### 1.1. La colonización (ca. 750-500 a.C.)

Desde comienzos de la Época Arcaica se inició un extraordinario movimiento migratorio de griegos que abandonaron el Egeo y se extendieron por todo el Mediterráneo y el mar Negro. Las principales causas de este proceso fueron dos: la búsqueda de fuentes de aprovisionamiento de metal para satisfacer las necesidades cada vez mayores de los griegos, y la esperanza de ocupar nuevos espacios que proporcionasen nuevas tierras para su explotación. Las comunidades participaban en estas actividades colonizadoras, aunque en la mayor parte de los casos se llevaban a cabo por la iniciativa de individuos particulares o grupos pertenecientes a la élite; estos individuos actuaban como fundadores (sing. *oikistés*), y llevaban consigo un grupo de seguidores que integrarían el grupo ciudadano de la nueva ciudad. La ciudad-madre (*metropolis*) participaba en ocasiones en las decisiones concretas, como la elección del emplazamiento de la colonia, la obtención de la aprobación divina, o la planificación del nuevo asentamiento.

El *oikistés* era el responsable de la nueva colonia a todos los efectos; según Homero (*Od.* 6.7-10), debía conducir a los colonos a su nueva patria, establecer las defensas de la colonia, buscar emplazamiento para los santuarios de los dioses y asignar domicilio y campos de cultivo a los colonos; a su muerte, pasaba a ser su héroe guardián. La colonia quedaba unida a la metrópolis por lazos de parentesco y de culto, pero, por lo demás, la colonia constituía una nueva polis completamente independiente, como indica la palabra griega con la que se la designa, *apoikía* (hogar lejano).

La documentación arqueológica indica que el movimiento colonizador tuvo dos fases: la primera (ca. 750-650) se dirigió a Italia y el Mediterráneo occidental; la segunda (ca. 650-550) se centró en la costa septentrional del Egeo y en el mar Negro. Los pioneros de la colonización de Italia fueron los eubeos de Calcis y Eretria, quienes fundaron su primer poblado en la isla de Pitecusa, en el golfo de Nápoles, a comienzos del siglo VIII a.C., en un emplazamiento muy bien situado para la explotación de los depósitos de hierro existentes en la isla Elba y del comercio con los pueblos itálicos del continente. Más tarde, los eubeos fundaron otros asentamientos en la Italia continental, concretamente en Cumas (757 a.C.), cerca de la actual Nápoles, y en la zona nororiental de Sicilia, donde fundaron Naxos (734), Leontinos (729), Catana (729) y Regio (712). A continuación, los aqueos del Peloponeso fundaron Síbaris y Crotona a finales del s. VIII, y Esparta fundó Taranto (712 a.C.); los corintios, por su parte, fundaron Corcira al sur del Adriático (ca. 734 a.C.) y Siracusa en Sicilia, que acabaría dominando todo el sudeste de la isla. Otras fundaciones importantes fueron la de Cirene (ca. 630) por los habitantes de Tera, y la de Massalia (ca. 600) por los focenses. Los griegos exploraron las costas de la Península Ibérica, con la

fundación de Emporion a mediados del s. VI, pero el resto de colonias que les atribuyen las fuentes literarias no se han encontrado.

Las posibilidades de seguir expandiéndose por el Mediterráneo occidental, sin embargo, se limitaron a partir del siglo VI a causa del despeque comercial y naval de Cartago, colonia fenicia fundada por Tiro en la costa de Túnez, quien comenzó a disputar las rutas marítimas a los griegos. Las tensiones condujeron a un enfrentamiento naval entre ambos en el que los cartagineses contaron con el apoyo de los etruscos: la batalla de Alalia (*ca.* 540, frente a las costas de Córcega) terminó de forma poco concluyente, pero sirvió para limitar las actividades griegas en la región. Fue entonces cuando se impulsó la expansión colonial en la zona de los Estrechos (el Helesponto) y el mar Negro, sobre todo por parte de colonos de origen jonio y eolio; Mileto fue una de las principales potencias colonizadoras en esta región, responsable de la fundación de colonias como Cízico (675 a.C.), Sínope (finales del siglo VII) y Olbia (*ca.* 550); también Megara estableció colonias en esta zona, ocupando lugares tan importantes como Bizancio (667 a.C.) y Calcedón, en ambos extremos de los Dardanelos. Al no tener rivales en esta zona, los griegos pudieron fundar en ella colonias durante todo el periodo arcaico e incluso durante la época clásica, hasta que casi todo el mar Negro quedo rodeado de un círculo de polis griegas.

## 1.2. Las tiranías

Aproximadamente entre 670 y 500 a. C., algunas ciudades-estado griegas asistieron a la aparición de gobernantes individuales que los griegos denominaron con el término (probablemente un préstamo de origen lidio) *týrannos*. Aunque todos los tiranos intentaron crear dinastías legando el poder a sus hijos, las tiranías fueron siempre de corta duración, ninguna duró más de tres generaciones y la mayoría desapareció al cabo de una o dos. Salvo algunos fragmentos contemporáneos con escasa información, todas las fuentes que nos hablan de los tiranos son posteriores y por tanto impregnadas de la concepción negativa de la tiranía que se extendería a partir del siglo V, particularmente Aristóteles, que los consideraba usurpadores violentos que alcanzaban el poder mediante un golpe de estado y un estilo populista para agitar a las masas contra la aristocracia. Los tiranos, sin embargo, eran miembros de la élite que pretendían someter el sistema a su control, no derribarlo, y muchos gozaron de gran prestigio, respeto y admiración en su propia época.

**Trasíbulo de Mileto.** Se alzó como tirano de Mileto a comienzos del siglo VI dentro de la guerra contra los lidios, y contó con la amistad de otro tirano, Periandro de Corinto. En su época, Mileto era uno de los centros culturales y económicos más importantes del Egeo, pero tuvo que enfrentarse a la amenaza persa en torno a 545, y terminó siendo incorporada al imperio persa como una ciudad vasalla. Bajo dominio persa, la tiranía se mantuvo, en manos de Histieo y Aristágoras, en torno a 500 a.C.

**Pítaco de Mitilene.** Miembro de la élite de Mitilene, Pítaco aparece como opositor a un tirano llamado Melancro en torno a 610, y más tarde de otro tirano llamado Mírsilo. Sin embargo, en el contexto de una guerra contra los atenienses, que habían fundado una colonia, Sigeo, cerca del estrecho de los Dardanelos (dentro del área de influencia de Mitilene), la ciudad le confió la responsabilidad de gobernar en solitario, y según la tradición emitió leyes justas que le valieron el honor de ser considerado uno de los Siete Sabios de Grecia. Tras 14 años de gobierno, se retiró dejando la ciudad en calma y en paz. Murió en 568.

**Polícrates de Samos.** Polícrates consiguió el poder en Samos con la ayuda de 15 hombres, según Heródoto, y gobernó la ciudad entre 540 y 522. Expandió el poder de la ciudad mediante una poderosa flota de 100 naves que le permitió controlar las rutas comerciales de Jonia y mantener alejados a los persas. Algunos rivales internos, sin embargo, pidieron ayuda a Esparta y Corinto para derrocarlo, y organizaron en 525 una expedición militar que fue derrotada por Polícrates. En 522 fue traicionado y ejecutado por el sátrapa de Lidia, con quien intentaba establecer una alianza.

**Fidón de Argos.** Fechada tradicionalmente en la primera mitad del siglo VII, la tiranía de Fidón se considera tradicionalmente la primera en Grecia. Ascende al poder dentro de una fase de

expansión de Argos, que se convierte en la ciudad hegemónica en su región, la Argólide, y pretende restablecer el poder de los hijos de Heracles (Heraclidas), que según la mitología habían gobernado allí en el pasado (herencia de Témeno). Se atribuye a su gobierno una serie de reformas que convertirían a Argos en una potencia económica y militar, así como una victoria contra los espartanos en la batalla de Hisias (669 a.C.), pero esa imagen se ha cuestionado y abandonado recientemente.

Los Cipséidas de Corinto. En Corinto gobernaba desde el siglo VIII una aristocracia cerrada que se denominaba a sí misma Baquíadas, y a la que se atribuye el esplendor comercial de la ciudad, que emprendería entonces su expansión colonial. Un individuo de esta familia, **Cipselo**, alcanzaría el cargo de polemarco (comandante militar) y se haría con el poder (655-625), estableciendo un gobierno en solitario; Heródoto afirma que comenzó purgando a sus rivales políticos mediante exilios y confiscaciones, pero que después se convirtió en un gobernante querido y respetado, capaz a su muerte de legar el poder a su hijo. **Periandro** (625-585) continuó la política de expansión colonial y comercial de su padre, y se le atribuyen grandes obras públicas en Corinto, como el *diolkos* o paso terrestre a través del istmo de Corinto que permitía llevar los barcos del golfo Saronico al golfo de Corinto sin tener que rodear el Peloponeso. Según Heródoto, Periandro se convirtió en un tirano cruel que cometió crueles abusos sobre sus rivales, pero aun así fue incluido entre los Siete Sabios de Grecia. A su muerte, la tiranía continuó algunos años más, hasta que su sucesor, Psamético, fue asesinado y se estableció nuevamente una oligarquía en la ciudad.

Los Ortagóridas de Sición. De origen humilde, Ortágoras consiguió escalar supuestamente dentro de la sociedad de Sición hasta conseguir el puesto de polemarco, lo que le permitiría proclamarse tirano de la ciudad en 675 a.C.; las fuentes le atribuyen un gobierno justo, moderado y respetuoso con las leyes. Sus sucesores son prácticamente desconocidos hasta llegar a **Clístenes** (ca. 600-570), quien reformó la estructura social y militar de la ciudad para mejorar la efectividad de sus instituciones dentro de un contexto de enfrentamiento con Argos. Muy activo en el exterior, participó en la I Guerra Sagrada por el control del Santuario de Delfos y mantuvo buenas relaciones con Atenas, en especial con la familia de los Alcmeónidas, con quienes emparentó a través del matrimonio de su hija Agariste con el ateniense Megacles.

Teágenes de Mégara. Según la tradición, Teágenes alcanzó el poder a mediados del s. VII y purgó a sus rivales políticos para repartir tierras entre sus colaboradores. Apenas se conocen un par de datos sobre él, y el más destacado era la relación que tenía con Cilón de Atenas, su yerno, al que ayudaría ca. 632 con hombres y dinero en su intento de apoderarse de la Acrópolis e instaurar una tiranía en Atenas. Tras el fracaso de Cilón, en su época comenzaron los conflictos entre Mégara y Atenas por el control de la isla de Salamina, que desembocaría en una larga guerra intermitente en la que se impondría finalmente Atenas.

### 1.3. Esparta

**Origen.** La región de Laconia había poseído algunos centros de importancia en época micénica (Amiclas), y a partir de finales del s. IX a.C. una serie de aldeas (*obas*) en el valle del río Eurotas (Pitana, Mesoa, Cinosura y Limnas, a las que más adelante se uniría Amiclas) comenzarán a integrarse lentamente dentro de un núcleo urbano. De este período proceden las instituciones más antiguas de Esparta: su monarquía dual (basada en dos familias, Agíadas y Euripóntidas, descendientes supuestamente de dos gemelos míticos pertenecientes al linaje de Heracles), su consejo de ancianos (Gerousía) y su asamblea (*apella*). Según las tradiciones literarias, los espartanos dominaron y unificaron la región de Laconia a mediados del siglo VIII y sometieron a sus poblaciones a la condición de aliados (*periecos*) o de siervos (*hilotas*). Para continuar aumentando su control de las tierras fértiles, Esparta comenzó a fundar “colonias” en la región vecina de Mesenia en tiempos del rey Teleclo, pero la oposición mesenia provocó el estallido de una larga guerra (I Guerra Mesenia, ca. 730-710) en la que los espartanos derrotaron a los mesenios, que se habían atrincherado en la cima del monte Itome; Mesenia fue parcelada y repartida entre los espartanos, y sus comunidades sometidas, al igual que Laconia, como aliados

periecos o como siervos hilotas. La expansión espartana, que se completó con la fundación de la colonia de Tarento en 706 (según la tradición, fundada por los hijos ilegítimos que las mujeres espartanas habían tenido con esclavos durante la ausencia de sus esposos por la guerra), suponía una amenaza para Argos, lo que provocó el estallido de un conflicto entre ambas comunidades que se prolongaría de forma intermitente durante siglos. Unas décadas más tarde, según las fuentes literarias, los mesenios se rebelaron contra la dominación espartana, lo que motivó una nueva guerra (II Guerra Mesenia, *ca.* 670-650) que nuevamente terminó con victoria espartana; la dominación sobre Mesenia se mantendría intacta, salvo episodios esporádicos, hasta el declive espartano en el siglo IV. En este momento se produjo una nueva fase de conflicto con Argos por la posesión de una llanura fronteriza, la Tireátide, que se saldaría con la derrota espartana en la batalla de Hisias (669 a.C.), que las fuentes atribuyen a las reformas en Argos del tirano Fidón. Todas estas tradiciones literarias, enormemente tardías y muy posteriores, son en realidad poco fiables y han sido cuestionadas por los historiadores.

**Consolidación.** Durante el siglo VI, Esparta comenzó a extender su influencia sobre sus vecinos del norte, comenzando por la región de Arcadia. Uno de sus políticos más influyentes e integrante de la lista de los Siete Sabios, Quilón, fue éforo en 556 e impulsó esta política expansiva que enfrentó a Esparta en primer lugar con la ciudad de Tegea; tras una serie de guerras que se libraron entre *ca.* 570-550, ambas ciudades firmaron una alianza militar que sería el germen de la futura Liga del Peloponeso: ambas aceptaban tener los mismos amigos y enemigos pero Tegea reconocía la hegemonía militar espartana. En las décadas siguientes, la gran mayoría de las ciudades del Peloponeso (incluyendo las principales ciudades de Arcadia, Corinto, Mégara y Sición) se incorporarían a la Liga, que en teoría funcionaba como una alianza militar liderada por Esparta; a finales de siglo, los espartanos comenzarían a emplear los recursos de la Liga para ejercer una política exterior cada vez más intervencionista y convertirse en la potencia hegemónica en Grecia, como demuestra su participación en el intento fallido para derrocar a Polícrates de Samos en 525. Argos será una de las grandes ciudades del Peloponeso que permanecerá fuera de la Liga y permanentemente enfrentada a Esparta; el conflicto estallará de nuevo *ca.* 550, cuando ambas potencias librarán la llamada “batalla de los Campeones” (*ca.* 545), en la que se enfrentarán 300 guerreros espartanos contra 300 argivos para poner fin al conflicto; el enfrentamiento terminaría de forma poco concluyente, con ambos bandos reclamando la victoria, lo que desencadenaría una batalla a gran escala en la que se impondrían los espartanos.

Por su condición de potencia hegemónica, las comunidades griegas comenzaron a acudir a Esparta en busca de ayuda militar en sus conflictos internos: primero Samos (525) y más tarde Platea (519), cuya petición fue rechazada (los plateos, amenazados por sus vecinos de Tebas, decidieron acudir entonces a Atenas), pero los espartanos decidían su intervención según sus propios intereses. Uno de los principales pretextos que Esparta empleaba para la intervención era la liberación de la tiranía (de ahí su ayuda a los rivales de Polícrates de Samos), y eso fue lo que motivó su intervención en Atenas. Dominada por una larga tiranía, la de los pisistrátidas, Atenas mostraba en estas fechas divisiones internas que trataban de acabar con los tiranos y buscaban el apoyo de alguna potencia exterior; esos grupos, dirigidos por la familia de los Alcmeónidas, consiguieron persuadir a los espartanos y a su rey **Cleomenes** (*ca.* 520-490) para que interviniesen en Atenas.

Los espartanos lanzaron varias expediciones, con desigual éxito. En 512, enviaron un pequeño ejército a las órdenes de Anquimolio, que desembarcó en Atenas pero fue derrotado y aniquilado por los pisistrátidas. Más tarde, el propio rey Cleomenes se puso al frente del ejército y ocupó Atenas en 510, ayudando a los atenienses a poner sitio a la Acrópolis, donde se habían refugiado los pisistrátidas, que se rindieron y abandonaron la ciudad. Los espartanos regresaron en 508 con un nuevo ejército, ante la llamada del ateniense Isócrates, al que ayudaron a asentar su poder en la ciudad purgando a sus rivales políticos y apoderándose de la Acrópolis, pero los atenienses, liderados por el alcmeónida Clístenes, lograron expulsarlos. Al año siguiente, los espartanos regresaron al frente del ejército de toda la Liga del Peloponeso, pero el desacuerdo entre ambos reyes, Cleomenes y Demarato, provocó la retirada de los aliados y el fracaso de esta expedición (ver apartado siguiente).

#### 1.4. Atenas

**Origen.** Según las fuentes literarias, Atenas experimentó dos grandes procesos a lo largo de la época arcaica:

1. La progresiva unificación (*sinecismo*) del territorio del Ática bajo el control de Atenas. Los atenienses atribuían la unificación al trabajo de un único personaje legendario, el rey mítico Teseo, pero se trató en realidad de un proceso largo y conflictivo que abarcaría prácticamente todo el periodo y se llevaría a cabo a través de constantes enfrentamientos y negociaciones o alianzas con otros centros urbanos de la región, como Eleusis, Maratón o Acarnas. Atenas parece haberse impuesto definitivamente en ese proceso tan solo a finales del s. VI.

2. Los intentos por parte de ciertos individuos de la élite para acumular poder personal frente a las nascentes instituciones de la comunidad, que conduciría a enfrentamientos constantes dentro de la élite y a intentos por establecer tiranías. Atenas aparece en su origen, según Aristóteles, dominada por una aristocracia muy restringida, una serie de familias que se denominaban **Eupátridas** (“los de buen nacimiento”) y que dominaban el poder y las instituciones; en esa época, Atenas disponía de un consejo de “ancianos” (el Areópago), una asamblea todavía poco desarrollada (la Ekklesía) y una serie de magistraturas entre las que destacaban los tres arcontes (el basileus, de carácter religioso; el polemenco, de carácter militar; y el epónimo, la máxima magistratura).

Esas tensiones se advertirán por vez primera en 632 a.C., cuando un noble ateniense, **Cilón**, se apodera de la Acrópolis junto a un grupo de aliados para tratar de establecer una tiranía. Los atenienses, dirigidos por los rivales políticos de Cilón (entre los que destaca Megacles, de la familia de los Alcmeónidas), rodearían a los rebeldes en la Acrópolis; Cilón conseguirá escapar, pero sus aliados serán capturados y ejecutados sin juicio por instigación de Megacles. La tensión perdurará en los años siguientes hasta el punto de que en 621 los atenienses nombrarán a un “mediador” llamado **Dracón** para que redacte unas leyes que restauren el orden. Las leyes de Dracón, famosas por su severidad, se exhibieron públicamente en un monumento, y se han conservado algunas cláusulas que establecían el procedimiento legal para casos de asesinato. Las fuentes no nos informan sobre el impacto de estas leyes, pero da la impresión de que tampoco consiguieron reducir las tensiones y conflictos por el poder y restablecer el orden, porque unas décadas más tarde se hizo necesario nuevamente nombrar un mediador.

**El siglo VI. Solón**, miembro de la élite ateniense (los Medóntidas), fue elegido arconte en 594 gracias a su activa participación en la guerra que Atenas mantuvo en esas fechas con Mégara por la posesión de Salamina. A su prestigio interno se sumaba su prestigio en el exterior, pues se le reconocía como uno de los Siete Sabios de Grecia. Es probable que los atenienses le designasen por ello como mediador y le concediesen poderes especiales, posiblemente entre 590 y 580, para desarrollar una serie de reformas. Solón estableció un sistema de cuatro clases sociales basadas en la cantidad de propiedad de tierra (sistema censitario o timocrático), con el fin de clasificar a los ciudadanos por su riqueza y distribuir así diferentes derechos y deberes entre las clases; canceló las deudas existentes (*seisachtheía*), lo que permitió que muchos atenienses endeudados recuperasen las tierras y la ciudadanía; e introdujo un nuevo sistema, oficial, de pesos y medidas, incluida la primera moneda ateniense. De Solón se han conservado algunos fragmentos de poesía que compuso, y en los que describe la situación de Atenas en su época y defiende las medidas que llevó a cabo. Al término de sus reformas, los atenienses juraron respetarlas durante 10 años, y Solón marchó voluntariamente al extranjero para evitar que los ciudadanos cayesen en la tentación de tratar de obligarle a cambiarlas o derogarlas; según la tradición, viajó por el Mediterráneo y visitó Egipto. Sus medidas, sin embargo, no consiguieron frenar la competición de la élite por el poder, por lo que los problemas en Atenas continuaron.

Un par de décadas más tarde, esas tensiones habían conducido a la formación de tres grandes facciones dentro de Atenas: la facción de la llanura del Ática (el Pedión, la región más fértil y rica), liderada por Licurgo; la facción de las regiones costeras (la Paralia), liderada por Megacles (nieto del anterior Megacles); y una nueva facción de las regiones interiores (la Diacria, la más heterogénea y montañosa), liderada por un noble de la ciudad de Braurón llamado **Pisístrato**, de

la familia de los Filaidas, que se encontraba próximo a Solón y se había distinguido también en la guerra contra Mégara por la posesión de Salamina. Pisístrato aprovechó la ausencia de Solón y la creciente fuerza de su facción para tratar de establecer una tiranía en Atenas, pero necesitó tres intentos para conseguir su objetivo: en 561 se apoderó de la Acrópolis con la ayuda de 50 hombres y gobernó durante un año, pero la alianza de las dos facciones rivales le expulsó del poder; en 556 pudo regresar gracias a una alianza con su antiguo rival, Megacles, pero su entendimiento duró apenas dos años y al cabo se vio forzado nuevamente a abandonar Atenas; finalmente, regresó en 546 con el apoyo de aliados externos (Tesalia, Argos, Naxos), derrotó a los atenienses en la batalla de Palene y estableció una tiranía en Atenas que duraría hasta su muerte en 427. Durante su gobierno, la ciudad se expandió y embelleció considerablemente (comenzó la rehabilitación de la Acrópolis para construir nuevos santuarios), y alcanzó un gran prestigio artístico y cultural.

Pisístrato murió en 527, y sus hijos Hipias e Hiparco le sucedieron, al parecer turnándose en el poder. Su tiranía mantuvo el carácter moderado del gobierno de su padre, y algunos de sus aparentes rivales políticos (como Clístenes, el Alcmeónida) alcanzaron las máximas magistraturas durante esos años (lo que indica que respetaban la elección anual de los cargos). En 519 aceptaron una alianza con la pequeña ciudad beocia de Platea, que trataba de escapar del control de Tebas, y que se mantendría fiel a Atenas hasta su destrucción en 427. Un complot urdido por dos nobles atenienses, Harmodio y Aristógiton, acabó con la vida de Hiparco en las Grandes Panateneas de 514, con el resultado de que Hipias emprendió una fase de mayor represión y purga de sus rivales políticos, que obligó a los Alcmeónidas, los principales opositores, a exiliarse de Atenas. Según Heródoto, los Alcmeónidas sobornaron entonces a la sacerdotisa de Delfos, la Pitia, para que convenciese con sus oráculos a los espartanos de la necesidad de liberar a Atenas de la tiranía; estos, persuadidos por los oráculos, enviaron en 512 una fuerza naval bajo las órdenes del espartano Anquimolio que desembarcó en Falero, uno de los puertos de Atenas, pero fue derrotada por los atenienses. En 510, una nueva expedición, liderada por el propio rey Cleomenes, consiguió entrar en Atenas y rodear a los pisistrátidas en la Acrópolis; tras un largo asedio, los pisistrátidas se rindieron y se exiliaron; Hipias encontró refugio en la corte del Rey de Persia.

**Las reformas de Clístenes.** Tras la expulsión de los pisistrátidas, las antiguas tensiones por el poder entre la élite se reprodujeron. Heródoto presenta dos grandes facciones, una más conservadora liderada por Isócrates, y otra más progresista liderada por **Clístenes** el Alcmeónida, que consiguió ganarse al pueblo para su causa. Ante esto, Isócrates llamó en su ayuda a los espartanos, y en 508 Cleomenes acudió nuevamente con un ejército que ocupó Atenas y ayudó a Isócrates a enviar al exilio a sus rivales políticos; éstos, congregados en torno a Clístenes, consiguieron expulsar a Isócrates y a Cleomenes y liberar Atenas. Es en ese momento cuando se sitúa al parecer un conjunto de reformas ideadas por Clístenes para acabar con el poder de las élites locales, que incluía la distribución de la ciudadanía en 10 tribus nuevas, la creación de nuevos cargos como el estratega (uno por cada tribu) y la aparición de una pena de exilio preventivo de 10 años (el ostracismo) que se podía decretar sobre un ciudadano si se reunían 6.000 votos en la asamblea. Se piensa que las reformas se pusieron en marcha rápidamente, pues al año siguiente (507), los atenienses se enfrentaron a una triple invasión por parte de sus enemigos, y es probable que el ejército se movilizase ya de acuerdo al nuevo sistema de las 10 tribus; ese año, los espartanos (dirigidos por los dos reyes, Demarato y Cleomenes) atacaron desde el Istmo, y simultáneamente se produjo una invasión de los beocios y una revuelta de los eubeos.

Cuando se encontraban ya a las puertas del Ática, sin embargo, surgió una disputa entre los dos reyes espartanos y Demarato regresó a Esparta con el ejército (motivo por el que sería después castigado con el exilio; se refugiaría también en la corte del Rey de Persia); desaparecida la amenaza espartana, los atenienses pudieron centrarse en las otras dos: derrotaron a los beocios en una batalla campal e invadieron Eubea poniendo fin a la revuelta. La ciudad salió enormemente reforzada de esta crisis interna y externa, con un nuevo sistema político y militar que había probado su afectividad y una nueva posición de fuerza frente a los vecinos, Beocia, Mégara y Eubea; como resultado, comenzó a convertirse en la potencia de referencia para los griegos de las islas del Egeo y de Jonia.

### 1.5. La llegada de los persas (ca. 545-494)

La expansión militar que dirigió Ciro el Grande (ver Manual de Oriente, apartado 5.4) llevó a los persas al penetrar en el interior de Anatolia en 546 y a enfrentarse con el reino de Lidia, gobernado por el rey **Creso**. Los lidios habían sometido a las ciudades griegas de la costa en torno a 560 y habían creado un imperio en la parte occidental de Anatolia, pero el enfrentamiento con Ciro supuso la caída de ese reino; derrotado en 546, Creso fue capturado y convertido en consejero de Ciro, según Heródoto, mientras los persas ocuparon la capital, Sardes, que convertirían en la capital de una nueva satrapía. En los años siguientes, los persas fueron ocupando y sometiendo a las ciudades griegas, algunas de las cuales ofrecieron resistencia por un tiempo, mientras otras se entregaron sin oposición; los ciudadanos de Focea, sin embargo, decidieron abandonar la ciudad para no caer bajo el dominio persa y se trasladaron a sus colonias en el Mediterráneo occidental (en torno a Massalia), donde se dedicaron a intervenir en las rutas comerciales de etruscos y cartagineses (hasta la batalla de Alalia, ver apartado 1.1). En Jonia, los persas impulsaron la aparición de tiranías en las ciudades griegas, que facilitaban el entendimiento con el Gran Rey, y las integraron en las satrapías de Anatolia sometidas al pago de un tributo a cambio de una considerable autonomía interna. Esta situación se prolongó a lo largo de las décadas siguientes, en las que los persas dieron el salto a Europa y dominaron Tracia hasta el Danubio (514), contando con apoyo militar de los jonios.

**La Revuelta Jonia (499-494).** Según Heródoto, el tirano de Mileto, Histieo, que había sido castigado y exiliado por el Gran Rey, conspiró con su sucesor, el nuevo tirano Aristágoras, para impulsar una revuelta general de las ciudades de Jonia contra la dominación persa. La revuelta estalló en 499, pero aunque Aristágoras buscó apoyos entre las ciudades griegas del continente, solo Atenas (20 naves) y Eretria (5 naves) decidieron enviar ayuda para la campaña. Los griegos atacaron y saquearon Sardes ese año, y destruyeron sus templos y santuarios, mientras la flota griega derrotó a la flota fenicia en Panfilia al año siguiente; concluida esa campaña, los atenienses y eretrios regresaron a sus ciudades, pero las victorias iniciales provocaron que la revuelta se extendiese rápidamente desde Chipre hasta Bizancio. A partir de entonces, sin embargo, los persas movilizaron sus enormes recursos y emprendieron una serie de campañas que fueron derrotando a los sublevados uno a uno, hasta que en 494 solo resistían las principales ciudades jonias. Los persas atacaron Mileto por tierra y por mar, y derrotaron a la flota griega en la batalla de Lade; perdida la flota, los griegos se rindieron, pero Mileto fue saqueada y destruida para que su destino sirviese de ejemplo. A partir de ese momento, los persas comenzaron a organizar la expedición contra Grecia, ahora con el pretexto añadido de castigar a Atenas y Eretria por su participación en la revuelta y vengar el incendio de los templos de Sardes.

## LA ÉPOCA CLÁSICA (490-323 a.C.)

### 2.1. Las Guerras Médicas (490-479)

La principal fuente para el conocimiento de las guerras entre los griegos y los persas es la obra de un griego, Heródoto, por lo que la historia que reconstruimos es parcial. Los griegos presentaban las guerras como una venganza persa por la participación ateniense en la Revuelta Jonia y el incendio de los templos en Sardes, pero se pueden explicar como una continuación de la política expansiva que los persas habían desarrollado en las décadas anteriores. En 492, el Rey Darío envió a uno de sus generales, Mardonio, en una expedición por tierra que alcanzó la región de Macedonia, a la que sometió a vasallaje, pero regresó sin mayores consecuencias. Ese año, Darío envió mensajeros por toda Grecia para exigir la sumisión de todas las ciudades griegas; la mayoría aceptaron, pero tanto Atenas como Esparta rechazaron la exigencia y ejecutaron a los mensajeros. Darío decretó entonces la invasión.

**Primera Guerra Persa (490).** Darío envió una expedición naval (unos 25.000 hombres), al mando de Datis y Artafrenes, que cruzó el Egeo y desembarcó en Eubea, a la que sometió militarmente. En la expedición viajaba Hípias, a quien Darío quería instaurar como tirano de Atenas tras la victoria. Hípias aconsejó a los persas invadir Atenas desde el norte, y el ejército desembarcó en la bahía de Maratón. Los atenienses, tras solicitar ayuda a sus vecinos (Esparta se comprometió a enviar ayuda pero no llegó a tiempo por una fiesta religiosa; solo Platea acudió con 1.000 hombres), acudieron a Maratón, dirigidos por el arconte Calímaco, y decidieron atacar por sorpresa a los persas, instigados por Milciades, uno de los estrategos. En la batalla de Maratón, los atenienses derrotaron a los persas (las fuentes hablan de 6.400 bajas persas y solo 192 atenienses) y les forzaron a embarcarse de nuevo; la flota persa entonces se dirigió directamente a Atenas, pero el ejército ateniense marchó apresuradamente por tierra para defender la ciudad (enviando por delante al mensajero Filípides para informar de la victoria y evitar que los atenienses abandonasen la ciudad). Al encontrar la ciudad defendida, los persas decidieron retirarse y regresar a Asia Menor; Hípias murió en Lemnos, durante la retirada.

**El periodo de entreguerras (490-480).** La mayoría de los griegos pensaba que los persas no regresarían, y durante algunos años no hubo en efecto indicio alguno de una nueva invasión. Darío murió en 486 y su sucesor, Jerjes, tardó algunos años en asentar su poder y planear una nueva campaña contra los griegos. En Atenas, **Temístocles**, un noble que había sido arconte en 493, logró convencer a los atenienses en 483 para que empleasen los ingresos obtenidos de la explotación de unas nuevas minas de plata encontradas en el Ática, las minas de Laurión, en la construcción de una potente flota de guerra; los atenienses construyeron 200 trirremes que serían el núcleo de la flota griega en la siguiente guerra y el germen del futuro imperio naval de Atenas. En 481, Jerjes comenzó a reunir un gigantesco ejército (en torno a 250.000 hombres, incluyendo jonios y otros súbditos griegos) y envió nuevamente mensajeros a las ciudades griegas para exigir su sumisión. Ese mismo año, los griegos que decidieron enfrentarse a los persas se reunieron en Corinto bajo el liderazgo de Esparta y Atenas y establecieron una alianza militar que se conoce como la Liga Helénica, cuyo objetivo era aunar esfuerzos para derrotar a los persas.

**Segunda Guerra Persa (480-479).** Ante el fracaso de la primera expedición, Jerjes decidió en 480 invadir Grecia por tierra, haciendo cruzar el Helesponto a su gigantesco ejército por un puente de barcas, y avanzando por la costa a través de Tracia y Macedonia; una gran flota persa seguía al ejército de tierra, abasteciéndolo a medida que avanzaba. La Liga Helénica trató de establecer un punto de resistencia en el paso montañoso del Tempe, en Tesalia (a pesar de las llamadas de auxilio del rey Alejandro I de Macedonia), pero lo abandonaron en cuanto los persas ocuparon Macedonia y comenzaron a avanzar hacia el sur; el pánico a un enfrentamiento con los persas dominaba a los griegos. La Liga estableció una segunda línea de defensa en el paso de las Termópilas, en Grecia central, a donde envió al rey espartano Leónidas con una avanzadilla de las tropas de la Liga (unos 5.000 hombres); al mismo tiempo, la flota griega se apostó en el cabo Artemisio (norte de Eubea). En las Termópilas, los griegos consiguieron frenar a los persas

durante varios días, hasta que el hallazgo de un sendero montañoso permitió a los invasores rodear a los griegos; Leónidas y los espartanos, los últimos en tratar de abandonar el paso, fueron aniquilados. Simultáneamente, la flota griega consiguió una pequeña victoria frente a la flota persa, pero al ver retroceder a las tropas de tierra abandonaron también Artemisio hacia Atenas.

Los persas ocuparon toda la Grecia central, cuyas ciudades se pasaron a su bando (incluida Tebas y las grandes ciudades de Beocia), y en el otoño invadieron el Ática y tomaron Atenas, que había sido abandonada por los atenienses; los templos de la Acrópolis fueron incendiados en venganza de la destrucción de Sardes. Poco después, y gracias a la mediación de Temístocles, la flota griega se enfrentó a la gran flota persa en los estrechos en torno a la isla de Salamina (batalla de Salamina), derrotándola de manera decisiva, lo que supuso una alteración de los planes persas: Jerjes regresó a Persia con la mayor parte del ejército (que ya no podía abastecerse con facilidad) y dejó a su general Mardonio al frente de unos 80.000 hombres; Mardonio se retiró a Beocia para pasar el invierno. En la primavera siguiente (479), la Liga Helénica concentró todas sus tropas (unos 100.000 hombres, según Heródoto), dirigidas por el regente espartano Pausanias, en Beocia y se enfrentó a los persas cerca de la ciudad de Platea (batalla de Platea), donde consiguió una victoria decisiva; Mardonio murió en la batalla y el ejército persa se desintegró por completo. Según las fuentes, al mismo tiempo la flota griega dirigida por el rey espartano Leotíquidas (y donde se encontraba Jantipo, padre de Pericles) sorprendió y derrotó a la flota persa en Micala (batalla de Micala), lo que puso fin a la amenaza persa de forma definitiva.

## 2.2. La Pentecotecia (479-431)

El término “pentecotecia”, acuñado por el historiador ateniense Tucídides, hace referencia al periodo de 50 años (*pentékonta + etéa*) que mediaba entre las Guerras Médicas y la Guerra del Peloponeso. El periodo comenzó con las actividades de la Liga Helénica, que, lejos de disolverse, recorrió Grecia y el Egeo combatiendo los focos de resistencia persa y castigando a las ciudades griegas a las que acusaban de “medismo” (haberse pasado al bando de los persas). El regente Pausanias se distinguió en esas campañas, hasta que él mismo fue condenado por traición y medismo por los espartanos. En 478, sin embargo, Esparta dio por terminada la guerra contra los persas y decidió abandonar la Liga Helénica; los aliados griegos, sin embargo (en especial las ciudades del Egeo y de Jonia), veían una oportunidad para liberarse de la dominación persa de forma definitiva, y pidieron a Atenas que los liderase en la continuación de la guerra.

**La Liga de Delos.** Atenas aceptó, y en 478 se formó así una nueva alianza militar, que englobaba principalmente regiones del Egeo y Jonia, denominada **Liga de Delos** (la sede de la alianza se situó en el santuario de la isla sagrada de Delos); los aliados eran socios militares paritarios, con Atenas como la potencia hegemónica, y contribuían anualmente con dinero, barcos y tropas a un fondo común para mantener la guerra contra los persas; su objetivo era liberar a las ciudades griegas de Jonia. Durante años, la Liga guerreó incesantemente en el Egeo, liberando ciudades que eran de inmediato incorporadas a la Liga, y haciendo retroceder a los persas; en esas campañas se destacó el ateniense **Cimón**, hijo de Milciades, el principal general y líder más prestigioso de la alianza. Finalmente, la Liga derrotó a la flota persa en la batalla de Eurimedonte (469 o 466), eliminando la amenaza persa del Egeo de manera decisiva; muchos pensaron que la Liga había perdido entonces su razón de ser, pero Atenas presionó a los aliados para continuar las campañas, por lo que a partir de 460 se observó un cambio en la alianza: los atenienses comenzaron a controlar el dinero de la Liga y a distribuirlo según sus intereses, hasta que en 454 trasladaron el tesoro de la Liga a Atenas; muchos aliados comenzaron a entregar dinero (y no barcos o tropas), por lo que la contribución anual pasó a ser un impuesto administrado por Atenas; los recursos de la Liga se emplearon cada vez más en proyectos atenienses sin participación de los aliados en las decisiones, como el embellecimiento de Atenas (construcción del Partenón en la Acrópolis) o campañas militares en las que Atenas obtenía un beneficio (entre 457 y 454 participan en la revuelta egipcia contra los persas apoyando el rebelde Inaro). A partir de 450, algunos aliados comenzaron a protestar y trataron de abandonar la Liga, pero Atenas trató esos casos como traición, y dirigió la poderosa flota de la Liga contra ellos, castigándolos severamente (Samos,

por ejemplo, fue asediada durante 9 meses y después castigada en 440). La Liga comenzó a funcionar en la práctica como un imperio ateniense.

**Atenas y Esparta.** La colaboración entre Atenas y Esparta durante las Guerras Médicas se debilitó progresivamente durante la Pentecontecía, según Tucídides por el temor que provocaba en los espartanos el crecimiento y el esplendor de Atenas. Las relaciones se deterioraron como consecuencia de dos episodios: la III Guerra Mesenia y la I Guerra del Peloponeso.

En 464, y terremoto en el Peloponeso creó la confusión suficiente para que los mesenios se rebelasen contra Esparta (III Guerra Mesenia), quien acudió a su aliada Atenas en busca de ayuda; los atenienses, persuadidos por Cimón, enviaron 4.000 hombres liderados por él mismo, pero, por algún motivo poco claro, los espartanos los despidieron al poco tiempo. La humillación de la expulsión supuso la caída en desgracia de Cimón, que a su regreso a Atenas fue condenado al ostracismo y desapareció de la escena política, así como el ascenso de una facción contraria a Esparta. Los mesenios resistieron durante 10 años, hasta que, privados de aliados externos, fueron derrotados y severamente castigados.

En 461, los principales aliados de Esparta (Corinto, Tebas), recelosos del esplendor ateniense, entraron en guerra contra Atenas (I Guerra del Peloponeso, 461-446); Esparta no intervino directamente al principio, pero apoyó lógicamente a sus aliados, que atacaron a Atenas en diversos frentes. Los corintios trataron de invadir el Ática, pero se produjeron varios choques en Megara, mientras que Atenas aprovechó la guerra para ocupar la isla de Egina. En 457, tras dos grandes batallas campales contra los beocios en apenas 2 meses (batallas de Tanagra y Enófita), los atenienses se apoderaron de Beocia y la incorporaron a su imperio, que alcanzó su máxima extensión. Gracias a la intervención de Esparta, los beocios se rebelaron en 447, derrotando a los atenienses en la batalla de Coronea y liberándose de su dominación. Al año siguiente, Atenas y Esparta firmaron una paz de 30 años por la que se comprometían a regresar a sus territorios anteriores al estallido de la guerra, pero las cláusulas de la paz no se cumplieron. El recelo entre ambas crecería a medida que las ambiciones de Atenas se extendiesen y amenazasen a los aliados de Esparta.

**Evolución de Atenas.** La hegemonía en la Liga de Delos permitió a Atenas dirigir campañas militares y gestionar enormes riquezas que le permitieron recuperarse rápidamente de la invasión persa. En esos años, la riqueza y el prestigio de Atenas estuvieron personificados en la figura de Cimón, político conservador y pro-espartano, pero su liderazgo entró en crisis a causa de la expedición ateniense contra los mesenios en 464; a su regreso a Atenas, sus rivales políticos lograron enviarle al ostracismo, lo que posibilitó el breve ascenso de Efialtes, un político más progresista, que promovió una serie de reformas destinadas a arrebatar poder a las instituciones oligárquicas (el Areópago o consejo de ancianos) y entregarlo a la asamblea. Efialtes fue asesinado en 461, víctima de un complot oligárquico, pero su colaborador político, **Pericles** el Alcmeónida, continuó su tarea.

Pericles fue nombrado estratega por vez primera en 448, y después de forma ininterrumpida entre 443 y su muerte en 429, lo que indica su extraordinaria popularidad entre la población de Atenas. Embelleció la ciudad con grandes obras públicas (construcción del Partenón y los Propíleos) y fortaleció la democracia ateniense estableciendo sueldos (*misthós*) para todos los servidores públicos, así como subsidios a los ciudadanos para que pudiesen acudir a las reuniones de la asamblea y servir en las instituciones; todo ello se financió con el dinero procedente de la Liga de Delos. En este periodo comenzaron también las revueltas de los aliados, y el propio Pericles dirigió campañas de castigo contra los rebeldes (como la de Samos en 440). A partir de 435, las tensiones con los aliados de Esparta (especialmente Corinto) aumentaron, pues Atenas comenzó a intervenir en sus áreas de influencia: cuando estalló un conflicto entre Corinto y su antigua colonia, Corcira, Atenas intervino poniéndose de parte de esta última, y puso también sitio a la ciudad de Potidea, otra colonia corintia; los aliados recurrieron a Esparta, quien tras muchas vacilaciones decidió declarar la guerra a Atenas en 431.

### 2.3. La Guerra del Peloponeso (431-404)

La Guerra del Peloponeso fue un largo conflicto, que se prolongó durante 3 décadas, en el que se enfrentaron Esparta y Atenas al frente de sus respectivos bloques de aliados (la Liga del Peloponeso y la Liga de Delos). Al comienzo de la guerra, la estrategia espartana se basó en invasiones terrestres del Ática con el objetivo de forzar a Atenas a una batalla campal decisiva o a la rendición, mientras que los atenienses, por orden de Pericles, se limitaron a resistir las invasiones refugiados tras sus murallas y a contraatacar con su flota mediante ataques por todo el Peloponeso. A lo largo de la guerra, por tanto, la fuerza de Esparta residió sobre todo en el ejército de tierra y la de Atenas en la flota; ese equilibrio se rompió en la última fase, cuando, gracias al dinero persa, los espartanos pudieron financiar la construcción de una potente flota con la que desafiaron y derrotaron a los atenienses. Podemos dividir la guerra en 3 grandes fases:

**La Guerra Arquidámica (431-421).** Los espartanos comenzaron la guerra invadiendo el Ática con todas sus fuerzas y las de sus aliados, dirigidos por el rey espartano Arquidamo. Atenas respondió refugiando a su población tras las murallas y lanzando a su poderosa flota en una expedición de castigo que saqueó diferentes puntos del Peloponeso, incluido territorio espartano. La dinámica se repetiría en los años siguientes, hasta el 425. En 430, sin embargo, el hacinamiento de la población en Atenas a causa de la invasión espartana provocó el estallido de una enfermedad (un tipo de peste) que diezmo la población; Pericles murió, víctima de la peste, en 429. Ese año, los espartanos pusieron sitio a la ciudad de Platea, aliada de Atenas, que resistió dos años hasta que fue finalmente capturada y arrasada. En 425, los atenienses ocuparon la fortaleza de Pilos, en Mesenia (territorio espartano); el ejército espartano acudió a defender la región, pero tras una batalla los atenienses capturaron a un buen número de espartanos que enviaron a Atenas como rehenes; gracias a esos rehenes, los atenienses consiguieron que Esparta interrumpiese sus invasiones anuales, pero la guerra no se detuvo. En 424, Brasidas, un general espartano, capturó algunas ciudades aliadas de Atenas en la región de la Calcídica (al norte del Egeo) lo que obligó a los atenienses a enviar un ejército al mando de Cleón, un político y demagogo ateniense; se enfrentaron en la batalla de Anfípolis (422), en la que vencieron los espartanos y forzaron la retirada ateniense, pero tanto Brasidas como Cleón murieron en combate. Se iniciaron entonces conversaciones de paz que condujeron a la firma de la Paz de Nicias (421), por la que ambos bandos se comprometían a regresar a la situación anterior a la guerra y devolver los territorios conquistados durante el conflicto.

**La paz y la Expedición a Sicilia (421-413).** Ninguno de los dos bandos respetó las cláusulas del tratado, por lo que, aunque la paz seguía en vigor, comenzaron a maniobrar unos contra otros. Atenas cerró una alianza en 419 con varios enemigos de Esparta (Élide, Mantinea, Argos), gracias a la mediación de Alcibíades, un noble de la familia de los Alcmeónidas; esa alianza enfureció a Esparta, que invadió Argos y Mantinea, y derrotó a los aliados en una gran batalla campal (Mantinea, 418). Atenas luchó contra diferentes revueltas dentro de la Liga de Delos y expandió su poder sobre el Egeo capturando y destruyendo Citera y Melos en 416; a la vez, reforzó su presencia en las rutas que conducían hacia Italia, para extender su influencia a las ciudades griegas de la Magna Grecia (algunas de las cuáles habían enviado ya peticiones de ayuda a Atenas para que interviniese en la zona); el resultado fue la colosal campaña de invasión de Sicilia (unas 140 naves y unos 7.000 hombres), que Atenas puso en marcha en la primavera de 415, al mando de tres generales (Nicias, Lámaco y Alcibíades). La víspera de la salida de la flota, sin embargo, las estatuas sagradas de Hermes que se encontraban repartidas por toda la ciudad aparecieron mutiladas, un terrible sacrilegio que lanzaba un negro presagio sobre la expedición, y que los atenienses interpretaron como un ataque contra la democracia. La flota partió el día previsto, pero en la investigación que se llevó a cabo apareció el nombre de varios nobles atenienses, entre ellos el de Alcibíades. La flota ateniense llegó a Sicilia, pero en ese momento Alcibíades fue requerido para regresar a Atenas y responder de los cargos de impiedad y traición que se habían levantado contra él; para evitar el juicio, Alcibíades huyó y se refugió en Esparta.

Privada de uno de sus generales, la flota desembarcó en Siracusa, la principal ciudad de Sicilia, y trató de conquistarla, pero Esparta envió ayuda (el general espartano Gilipo) para evitarlo. Durante los dos años siguientes, los atenienses pusieron sitio a Siracusa y trataron de rodearla con

un muro, pero los siracusanos se defendieron de manera muy eficaz gracias a la intervención espartana; tanto el ejército como la flota se enfrentaron repetidas veces, con resultado desigual; Lámaco murió en uno de esos enfrentamientos, dejando el mando en solitario a Nicias. Para terminar con la campaña, los atenienses enviaron en la primavera de 413 una nueva flota al mando de Demóstenes (unas 80 naves y 5.000 hoplitas), que se unió a los restos de la primera en el asedio de Siracusa; sin embargo, tras un fallido asalto nocturno y una serie de derrotas navales, la expedición ateniense trató de retirarse de Siracusa. Los siracusanos consiguieron cortar todas las vías de retirada al ejército ateniense, que fue diezmado en la persecución y finalmente aniquilado por completo; Nicias y Demóstenes fueron capturados y ejecutados de inmediato. Los atenienses perdieron todas sus naves más de 10.000 hombres en Sicilia.

**La Guerra Jónica o Deceleica (413-404).** El desastre de Sicilia cambió el curso de la guerra, y se observan 3 factores nuevos: 1. Los espartanos consideraron rota la paz de 421 e invadieron el Ática nuevamente en 413, pero esta vez, aconsejados por Alcibíades, ocuparon un fuerte en territorio ateniense, Decelea, y establecieron en él un ejército espartano permanente, dirigido por el rey Agis, para presionar a Atenas y obstaculizar sus actividades; ese ejército permanecería en Decelea hasta el final de la guerra. 2. Los aliados de la Liga de Delos aprovecharon la momentánea debilidad de Atenas, que había perdido casi toda su flota y un gran número de ciudadanos, para promover revueltas que estallaron en 412 (Quíos, Lesbos, Eubea). 3. Los sátrapas persas, hasta entonces al margen, decidieron ahora intervenir en la guerra del lado espartano aportando grandes sumas de dinero con las que Esparta equipó una gran flota para enfrentarse al imperio marítimo ateniense. Todo ello motivó que el eje de la guerra se trasladase al Egeo y a la región de los Estrechos, pues los espartanos trataron de impulsar las revueltas de los aliados atenienses y cortar las rutas navales que abastecían a Atenas de trigo procedente del mar Negro; a duras penas y con enorme esfuerzo, los atenienses lograron contrarrestar esa estrategia.

A pesar de su debilidad, entre 412 y 410 Atenas logró reunir una flota capaz de restablecer el orden en su imperio e incluso derrotar a la flota espartana en una serie de batallas navales (batalla de Cícico, 410). Lo consiguió a pesar de que en 411 estalló en la ciudad una revuelta oligárquica que abolió la democracia y entregó el poder a un grupo de 400 ciudadanos de la élite; sin embargo, la flota ateniense, establecida en Samos, no respaldó el golpe, y por un tiempo Atenas se encontró al borde de la guerra civil en mitad de una guerra con Esparta. Las tensiones internas en Atenas motivaron la sustitución de los 400 por una oligarquía más amplia de 5.000 ciudadanos de las clases más altas, que controlaron el poder hasta 410, cuando la flota ateniense de Samos, tras la victoria de Cícico, restableció finalmente la democracia. Alcibíades, que había huido de Esparta poco antes, se aproximó a los generales atenienses en Samos y se ofreció a mediar con los sátrapas persas para ganar su apoyo; aunque todavía exiliado de Atenas, Alcibíades comenzó a ejercer gran influencia sobre los generales atenienses, lo que le permitió regresar brevemente a Atenas en 407 y obtener el mando de una de las flotas; sin embargo, esa flota fue derrotada en Notio (406) por el general espartano Lisandro, lo que obligó definitivamente a Alcibíades a exiliarse. Poco después, los atenienses derrotaron a los espartanos en la batalla naval de las Islas Arginusas (406), pero no aprovecharon la ventaja (ejecutaron a los generales victoriosos por no haber socorrido a los naufragos) y fueron derrotados al año siguiente de manera decisiva por Lisandro en Egospótamos (405). Atenas perdió su última flota y por tanto su capacidad de combate, el control sobre los aliados y sobre las rotas de abastecimiento de grano.

**La paz y los Treinta Tiranos (404-403).** A comienzos de 404, Lisandro concentró la flota espartana en los puertos de Atenas, mientras que el rey Agis avanzó desde Decelea con el ejército, rodeando la ciudad, que resistió durante unas semanas con la esperanza de negociar una paz no demasiado severa. Finalmente Atenas se rindió; Esparta evitó su destrucción, cosa que deseaban sus aliados, aunque impuso duras condiciones: las murallas y la flota fueron destruidas, la Liga de Delos fue disuelta, Atenas devolvió los territorios ocupados durante la guerra y fue obligada a entrar en la Liga del Peloponeso, se abolió la democracia y se estableció un régimen tutelado por Esparta en el que 30 ciudadanos poderosos ocuparon el poder. Sus abusos y excentricidades (purgando a sus enemigos políticos con apoyo de Esparta) les valieron pronto el sobrenombre de “Treinta Tiranos”, y motivaron la aparición de un movimiento interno de resistencia. Ese

movimiento recibió el apoyo de los atenienses exiliados, entre los que se encontraba el general Trasibulo, quien en 403 entró en el Ática con un ejército de exiliados y se atrincheró en Muniquia, uno de los puertos de Atenas, donde derrotó a las tropas de los Treinta. Los espartanos, que habían perdido interés en Atenas, retiraron sus tropas y permitieron que Trasibulo pusiese fin al régimen de los Treinta y restableciese la democracia en la ciudad, aunque enormemente debilitada.

#### 2.4. Las hegemonías espartana y tebana (404-362)

La derrota de Atenas dejó temporalmente a Esparta como potencia hegemónica en solitario en Grecia: controlaba la Liga del Peloponeso (a la que se había sumado Atenas), y extendió su influencia sobre los antiguos aliados atenienses, con el pretexto de liberarlos del control persa (que se había expandido ante la caída de Atenas). Sin embargo, se enfrentaba al creciente resentimiento e independencia de dos de sus aliados, Corinto y Tebas, que acusaban su largo sometimiento a Esparta y ambicionaban construir su propia hegemonía. Esparta mantuvo su dominio durante tres décadas gracias a una incesante actividad militar en Grecia contra los disidentes y en Asia Menor contra los persas, sus antiguos aliados durante la guerra contra Atenas. La reacción de las ciudades griegas fue tratar de asentar su hegemonía a nivel local formando alianzas militares o confederaciones, con las cuales tratar de desafiar el poder de Esparta.

**La hegemonía espartana (404-371).** Lisandro estableció decarquías (gobiernos de 10 magistrados pro-espartanos) por todo el Egeo para garantizar la lealtad de los antiguos aliados de Atenas a Esparta, que pronto se dedicaron a cometer abusos y ajustar cuentas con sus rivales políticos. Las riquezas de ese vasto imperio en el Egeo comenzaron a fluir hacia Esparta, pero creció el resentimiento de los aliados, que pronto se tornó en oposición. En 398, **Agésilao** alcanzó el trono en Esparta y emprendió una campaña de invasión de Asia Menor para luchar contra los persas, pero chocó con la oposición de Tebas y Corinto. Estas dos potencias se aliaron con Atenas para enfrentarse a Esparta, y en 395 estalló un conflicto, la Guerra de Corinto (395-386) que obligó a Agésilao a regresar a Grecia para enfrentarse a los rebeldes en una serie de batallas (Nemea y Coronea, 394). Los atenienses se dedicaron a impulsar nuevamente su flota (victoria sobre los espartanos en la batalla naval de Cnido, 395) y a lanzar pequeñas campañas con tropas especializadas y semi-profesionales, entre las que destaca el ejército del general Ificrates, que logró aniquilar a una unidad del ejército espartano en Corinto (391). La guerra concluyó con una paz general con la mediación del Gran Rey, Artajerjes II ("Paz del Rey" o Paz de Antálcidas, 386), que decretaba la autonomía de todas las ciudades griegas, con una serie de excepciones.

En los años siguientes, Esparta se entregó a la tarea de hacer respetar la cláusula de autonomía de las ciudades griegas, y fue atacando una por una a las coaliciones que habían ido surgiendo en esos años (Fliunte, Olinto, Mantinea). Uno de los casos más problemáticos lo planteó Tebas, que había construido una estructura casi federal con el resto de ciudades de Beocia, sometidas a su hegemonía, que se conocía como la Confederación Beocia; Tebas se resistió a dismantelar la confederación, y en 382 su acrópolis, la Cadmea, fue ocupada permanentemente por tropas espartanas. En 379, sin embargo, una facción anti-espartana en Tebas traicionó y aniquiló a la guarnición espartana; Esparta envió un ejército al mando del rey Cleómbroto, lo que hizo que los atenienses se sintiesen amenazados y firmasen una alianza con Tebas; al año siguiente (378), en un acto de clara desobediencia a la Paz del Rey, Atenas refundó la Liga de Delos (Segunda Confederación Ateniense) con algunos de sus antiguos aliados en el Egeo, y de inmediato consiguió imponerse a los espartanos en la batalla naval de Naxos (376); al año siguiente, Esparta, Tebas y Atenas firmaron la "Paz Común" (*koiné eirene*, 375), en la que se reconocía la existencia de la Confederación Ateniense.

Las tensiones entre estas potencias continuaron en los años siguientes, hasta que las presiones de Tebas, liderada por dos políticos reformadores, Pelópidas y Epaminondas, llevaron a Esparta a enviar un ejército al mando de Cleómbroto que en 371 invadió Beocia con intención de someter a Tebas. Los beocios se enfrentaron al ejército invasor en Leuctra, derrotándolo de manera estrepitosa (la mitad de los espartanos, incluido el rey y muchos de sus oficiales, murieron en la batalla), lo que inclinó la balanza de poder en favor de Tebas.

**La hegemonía tebana (371-362).** Los beocios, dirigidos por Tebas, aprovecharon la debilidad de Esparta para invadir Lacedemonia, por primera vez en siglos; no consiguieron tomar la ciudad, pero asolaron la región, forzaron la independencia de Mesenia, que dejó de formar parte de Esparta, y apoyaron las confederaciones que surgieron entre sus antiguos aliados (como Mantinea, o la Liga Arcadia) ante el derrumbamiento de la Liga del Peloponeso, que se disolvió en ese momento. Tebas intentó entonces neutralizar a Atenas construyendo una flota, pero fue incapaz de atraer a los aliados atenienses y sostener el esfuerzo económico que implicaba la flota; Pelópidas moriría en 364 en una campaña en Tesalia. Ante la progresiva pérdida de apoyos en el Peloponeso (Esparta consigue el apoyo de Ácaya, Élide y Atenas contra Tebas), Epaminondas intentaría una última invasión de Esparta en 362, pero fue derrotado por los aliados en la batalla de Mantinea; Epaminondas murió en el combate y los tebanos se retiraron tras firmar una precipitada tregua. La hegemonía de Tebas se derrumbó y se produjo entonces un ligero ascenso de Atenas, que quedó como única gran potencia al frente de una gran coalición de ciudades. La Confederación Ateniense, sin embargo, se resintió del aumento de las revueltas en su seno (estallido de la Guerra Social o guerra de los aliados, 357-355, ante la rebelión de Rodas, Cos, Quíos y Bizancio) y de la presión que ejercía en sus posesiones de la Calcídica una nueva potencia en ascenso, Macedonia; finalmente, la Confederación se disolvió en 355.

## 2.5. Filipo II y el ascenso de Macedonia (359-336)

Macedonia era un reino de tradición, cultura y lengua griegas situado en la periferia septentrional del mundo griego; rodeada de enemigos considerados “bárbaros” (tracios e ilirios), se articuló como un reino pequeño con una monarquía débil en permanente tensión con los poderosos linajes nobiliarios locales e incapaz de asentar su autoridad sobre el territorio. En el siglo IV, Macedonia había atravesado varios procesos de reforma que habían fortalecido la figura del rey y reforzado el ejército, pero una invasión iliria en 359 supuso la muerte del rey Pérdicas III y de 4.000 hombres en el campo de batalla. El trono pasó a su hijo Amintas, que era menor de edad, por lo que el hermano pequeño del rey, Filipo, se convirtió en regente con apenas 23 años; un año más tarde, Filipo apartaría a Amintas y se convertiría en nuevo rey de Macedonia.

**Ascenso (359-354).** Filipo, que había sido rehén en Tebas durante su adolescencia (368-365), dedicó todo su esfuerzo a asentar su poder: entre 358 y 356, derrotó a los ilirios y peonios, tranquilizó con maniobras diplomáticas a tracios y atenienses y concertó una alianza matrimonial con el reino vecino de Epiro (matrimonio con Olimpia, 357). En esa posición, emprendió una serie de reformas en el ejército, cuyo alcance es desconocido, pero que se piensa que supusieron la creación de la falange macedonia, la unidad de combate que emplearía Alejandro en las campañas en Asia; en poco tiempo, Filipo contaba con una fuerza de 10.000 hombres, con la que en 355-354 se apoderó de la región del monte Pangeo, conocida por sus minas de oro, y de una serie de ciudades costeras (Abdera, Metone) en el área de influencia ateniense.

**Intervención en Grecia (354-346).** En 354, Tebas acudió a Filipo para que interviniese en Grecia ante la alianza que habían establecido las regiones de Fócide y Tesalia, y que amenazaban toda la Grecia central. Los focidios, liderados por el general Onomarco, derrotaron hasta en dos ocasiones a Filipo, quien finalmente se impuso en la batalla de los Campos de Azafrán (352), lo que le permitió apoderarse de Tesalia y reorganizarla a su gusto; ese año, los tesalios le nombraron *tágos* (líder) de la Confederación Tesalia. A continuación, Filipo declaró la guerra (350-348) a la Liga Calcídica, que se había formado en torno a la ciudad de Olinto y ocupaba unas regiones costeras de interés para Macedonia para favorecer su salida al mar Egeo, y fue conquistando una a una las ciudades griegas hasta la captura y destrucción de la propia Olinto (348). Al año siguiente, lanzó una campaña contra los tracios del rey Cersobleptes, a los que sometió a tributo, y finalmente fue llamado una vez más por Tebas para intervenir a su favor en la III Guerra Sagrada (356-346) que libraban las regiones de la Grecia central en torno al control del santuario de Delfos: en 346, Filipo invadió la Fócide y forzó a los focidios a rendirse, poniendo fin a la Guerra Sagrada, forzando a la Confederación focidia a disolverse y asumiendo los votos que los focidios habían tenido en la Anfictiónía (Liga) de Delfos. Ese mismo año, y tras años de enfrentamientos en los que los

atenienses perdieron su Confederación (355) y se vieron incapaces de asistir a sus aliados (la Liga Calcídica, 350-348) ante la expansión macedonia, Atenas se avino a firmar una paz con Filipo (**Paz de Filócrates**, 346), por la que renunciaba a sus pretensiones sobre la Calcídica y anunciaba una alianza perpetua con el rey de Macedonia.

**Hegemonía (346-336).** Desde su nueva posición, Filipo se convirtió en la potencia hegemónica en Grecia. Lanzó un ultimátum a Esparta para rendirse sin resistencia, que los espartanos aceptaron, y consolidó su control de Tracia y Epiro con sendas campañas militares (343-342): en Epiro, destituyó al viejo rey Arribas y nombró al hermano de su esposa, Alejandro, nuevo rey, mientras que en Tracia extendió su poder hasta el Danubio. Entre 342 y 340 lanzó una serie de campañas contra las ciudades griegas de los Estrechos, asediando Bizancio y Perinto, lo que le enfrentó a los sátrapas persas de la región; es probable que fuese en este momento, conseguidas unas bases de operaciones sólidas, cuando alumbrase el proyecto de invasión de Asia. Los atenienses habían tratado de obstaculizar todas estas maniobras, que amenazaban sus intereses en el Egeo, por lo que Filipo declaró la guerra a Atenas en 340. Los atenienses se aliaron con Tebas, a quien la hegemonía que Filipo ejercía en la Grecia central molestaba, pero la coalición fue severamente derrotada en la batalla de Queronea (338) y obligada a firmar una humillante paz: la Confederación Beocia fue disuelta y se dispuso una guarnición macedonia en la Cadmea, a la vez que se obligó a ambas a participar en la reunión de ciudades griegas que convocó en 337 en Corinto y que concluyó con la creación de la Liga de Corinto, una alianza militar de todas las ciudades griegas con excepción de Esparta para la lucha contra los persas; Filipo fue nombrado *hegemón* (líder) de la misma.

Filipo puso en marcha de inmediato sus planes de invasión: en 336, desembarcó un ejército en Asia Menor al mando de su general Parmenión e impulsó la rebelión de las ciudades griegas sometidas a los persas. Previendo ponerse al frente de la campaña al año siguiente, Filipo se detuvo en Egea para celebrar la boda de su hija Cleopatra con Alejandro de Epiro, destinada a propiciar un mayor acercamiento y control de esta región, pero fue asesinado por uno de sus guardaespaldas, Pausanias, quien a su vez fue muerto en el acto por la guardia. En ese momento, su hijo mayor era Alejandro.

## 2.6. Alejandro Magno (336-323)

Alejandro era el heredero legítimo de Filipo, fruto de su matrimonio con Olimpia, pero el rey tenía otras esposas como consecuencia de alianzas matrimoniales y se había divorciado en 338 de Olimpia, casándose con una joven macedonia llamada Cleopatra. A la muerte de Filipo, por tanto, la posición de Alejandro, que había sido criado en la corte como futuro rey (educado en su adolescencia por Aristóteles junto a sus compañeros más íntimos y futuros generales: Hefestión, Seleuco, Ptolomeo, Lisímaco, Pérdicas, Leonato) y había desempeñado funciones administrativas y militares con su padre, no estaba del todo asegurada. Muchos, de hecho, consideraron que el propio Alejandro era el instigador del asesinato, al verse amenazado por el divorcio de su madre; la nueva boda de Filipo había provocado en efecto una pelea entre el rey y Alejandro en 337 que se saldó con su huida temporal a Iliria. A su regreso, la muerte del rey le obligó a moverse con rapidez para consolidar su posición, pues la noticia generó una oleada de revueltas por todo el mundo griego: Alejandro, confirmado como rey de Macedonia, aplastó rápidamente el levantamiento de los ilirios, purgó y eliminó a los posibles candidatos al trono (Cleopatra, la última esposa de Filipo, fue asesinada, así como su primo Amintas, hijo de Pérdicas III) y después invadió Grecia; una coalición de ciudades griegas lideradas por Tebas se había sublevado contra Macedonia, pero en 335 Alejandro conquistó la ciudad y, para dar un ejemplo al resto de rebeldes, la arrasó por completo. La rebelión se extinguió de inmediato; Alejandro fue nombrado *hegemón* de la Liga de Corinto, con lo que heredó también el proyecto de su padre de invadir Asia.

**La invasión (334-330).** En la primavera de 334, Alejandro cruzó el Helesponto con un ejército de 37.000 hombres (que incluía 12.000 macedonios y 9.000 griegos) y se reunió con Parmenión; en Macedonia dejó como regente a Antípatro, uno de los generales y hombres de confianza de Filipo, con el encargo de administrar el reino, vigilar a Olimpia y velar por la lealtad de los

griegos. Alejandro derrotó de inmediato a los persas en la batalla de Gránico (334), en la que se impuso a la caballería persa tras cruzar el río Gránico con su infantería pero estuvo a punto de morir a manos de un persa (salvado por la intervención de uno de sus oficiales, Clito el Negro); tras la batalla, ejecutó a los mercenarios griegos prisioneros y asoló la costa de Asia Menor, liberando las ciudades griegas de la dominación persa; las satrapías de Lidia, Caria y Licia cayeron en sus manos en rápida sucesión. En la primavera de 333, Alejandro alcanzó el interior de Anatolia sin oposición (Gordío, capital de la región de Frigia), pues las ciudades abrían sus puertas a su paso y él trataba de ganar su lealtad confirmando a los gobernantes en el poder y manteniendo las tradiciones y leyes locales. En Gordío, se preocupó de cumplir la profecía local que aseguraba que el dominio de Asia correspondería a quien supiese deshacer el complicado nudo que ataba el yugo del carro montado por el legendario rey Midas; Alejandro cortó el nudo con la espada. Un episodio de fiebres que estuvo a punto de acabar con él retrasó la invasión de Siria hasta el verano.

Sin embargo, en lugar de avanzar río abajo por el Éufrates para enfrentarse a Darío en el interior del imperio, Alejandro escogió la ruta del Levante, en dirección a Egipto, para acabar con las bases de la flota persa. Darío acudió con su ejército para bloquearle el camino y ambas fuerzas se enfrentaron en la batalla de Issos (333), que condujo a una aplastante victoria macedonia: Darío huyó y Alejandro aniquiló al ejército persa y capturó a la familia de Darío, a la que trató con honores. En su avance por la costa, Alejandro fue tomando las ciudades fenicias, pero se detuvo para asедiar Tiro durante 8 meses (332), al término de los cuáles entró en la ciudad y la destruyó de manera ejemplarizante. A finales de año entró en Egipto, que le recibió como un libertador; Alejandro visitó un oráculo del dios Amón (que los griegos identificaban con Zeus) en el desierto (oasis de Siwa) y allí fue saludado como hijo de Amón, lo que Alejandro utilizó para justificar su legitimidad al trono egipcio. Tras expulsar a los últimos gobernadores persas, fue nombrado rey e inició una nueva etapa con el establecimiento de una dinastía griega en Egipto; fundó una nueva capital en el Delta, Alejandría, y en el verano de 331 marchó nuevamente hacia Asia.

Darío trató de evitar el enfrentamiento ofreciendo a Alejandro el control de todos los territorios al oeste del Éufrates y la mano de una de sus hijas, pero el rey macedonio declinó la oferta. Los ejércitos se enfrentaron en el otoño de 331 en Gaugamela, que supuso una nueva derrota para el ejército persa. Darío emprendió nuevamente la huida, y toda Mesopotamia e Irán quedaron a merced de Alejandro, que ocupó sucesivamente las capitales persas: Babilonia y Susa se rindieron y Alejandro les dispensó un trato favorable y respetuoso, pero Persépolis fue destruida (330) y saqueada sin misericordia. Alejandro estableció la capital de su nuevo imperio en Babilonia y se preparó para continuar su marcha.

**La expansión (330-326).** Darío había huido hacia las satrapías orientales, pero un grupo de nobles persas liderados por Beso, sátrapa de Bactria, lo capturaron y asesinaron (330), y Beso se proclamó nuevo rey con el nombre de Artajerjes IV. Alejandro se nombró automáticamente sucesor de Darío y vengador de su asesinato, lo que le ofrecía la justificación para marchar hacia oriente y someter a las satrapías orientales, y pronto Beso perdió apoyos y en 329 sus cómplices en el asesinato de Darío lo entregaron a Alejandro. La rebelión no concluyó, sin embargo, pues Bactria y Sogdiana se alzaron contra Alejandro, lideradas por Espítámenes, noble sogdiano, y consiguieron derrotarle en varias ocasiones, hasta que Espítámenes fue asesinado en 327. Alejandro sustituyó a los sátrapas locales por macedonios, y ese mismo año se casó con la hija de un noble sogdiano, Roxana, para estrechar lazos con las élites locales. El ejército, sin embargo, liderado por los oficiales macedonios y griegos, se mostraba cada vez más descontento por la progresiva “orientalización” del rey, que actuaba como un déspota oriental, hasta el punto de que en 327 se descubrió un complot para asesinarle ideado por sus propios pajes.

Terminada la rebelión, Alejandro continuó la expansión hacia el Hindu Kush en el verano de 327 y alcanzó el subcontinente indio, una tierra inexplorada para los griegos; allí intervino en las disputas internas entre los príncipes y reyes locales, lo que le enfrentó al rey Poro en la batalla de Hidaspes (326), en la que Alejandro resultó victorioso, pero a medida que penetraban en el Punjab, su ejército se mostraba cada vez más descontento hasta que finalmente se amotinó ante el río Hífasis, negándose a continuar avanzando, por lo que este punto marca el extremo más

oriental de la campaña. Plegándose a la voluntad del ejército, Alejandro ordenó el regreso al Indo, donde había ordenado la construcción de una flota para facilitar el regreso a Babilonia.

**Regreso y muerte (326-323).** La orden de regreso no supuso el fin de los combates; Alejandro encontró una durísima oposición en su recorrido hacia la desembocadura del Indo, y las mayores matanzas y atrocidades cometidas por su ejército se produjeron en esta fase. Al alcanzar la costa, en el verano de 325, Alejandro envió a la flota comandada por su almirante, Nearco, por la ruta costera, mientras que el ejército empleaba una ruta terrestre a través de una zona desértica, Gedrosia, en cuya travesía experimentó numerosas pérdidas y desastres. El ejército, exhausto y diezmado, entró en Babilonia en diciembre de 325. Alejandro emprendió la reorganización del imperio, pero chocó con un rosario de sublevaciones en diferentes satrapías que sofocó a duras penas; el ejército ya no era tan leal, y en el verano de 324 Alejandro decidió licenciar y enviar de vuelta a Grecia a los soldados griegos, generando grandes altercados allí ante las dificultades de reinsertar a los miles de veteranos de la campaña asiática. Reemplazó esas fuerzas con más de 30.000 soldados iraníes entrenados a la manera macedonia, lo que aumentó el resentimiento de la cúpula de oficiales macedonios y del ejército en general, que se veían relegados, contra él. Ese resentimiento no disminuyó, sino que aumentó incluso, con las multitudinarias bodas que celebró ese año en Babilonia, en las que 10.000 de sus hombres se unieron a mujeres persas y él mismo contrajo matrimonio con dos princesas persas de sangre real.

La muerte de su amigo más íntimo, Hefestión, a finales de ese año le sumió en una depresión de la que ni una campaña militar en la región de los montes Zagros pudo sacarle. En la primavera de 323, Alejandro comenzó a planear una nueva campaña, contra los árabes, pero el 29 de mayo cayó enfermo en una fiesta y, tras dos semanas de padecer fiebres y delirio, murió el 10 de junio con apenas 33 años.

## LA ÉPOCA HELENÍSTICA (323-31 a.C.)

Alejandro murió a más de 2.000 kilómetros de Macedonia y sin un heredero, en medio de un clima de tensión en el ejército y de disputas internas entre sus oficiales; una de sus esposas, Roxana, estaba embarazada y daría meses más tarde a luz a un niño que se convertiría en Alejandro IV. A su muerte, su imperio se extendía desde el Egeo al Indo, pero una vez desaparecido el único elemento que lo mantenía unido, comenzó rápidamente a desmoronarse a medida que las diferentes regiones fueron desgajándose bajo el control de élites macedonias o indígenas. La expedición de Alejandro cambió para siempre el Mundo Antiguo, estableciendo una nueva fusión entre el ámbito mediterráneo y el oriental, de cuya mezcla surgiría el mundo helenístico.

### 3.1. Los Diádocos (323-286)

Las disputas entre los grandes oficiales de Alejandro comenzaron antes incluso de la muerte del rey. La inexistencia de heredero directo provocó que muchos de ellos reclamasen su derecho a ser depositarios de la herencia de Alejandro basándose en diferentes argumentos, como su proximidad al rey o los cargos desempeñados en la administración imperial y en el ejército; fueron conocidos por ello como los **diádocos** (“sucesores”). Cada uno de ellos aprovechó su posición para tratar de controlar recursos o regiones con las que enfrentarse al resto, pero su objetivo común era suceder a Alejandro como gobernantes de un imperio unificado. En la práctica, el uso de los ingentes recursos del imperio por parte de decenas de comandantes militares al frente de tropas experimentadas provocó el desgarramiento del imperio en una serie de guerras que duraron aproximadamente 5 décadas. Esas guerras se produjeron mientras sus protagonistas trataban (al principio, al menos) de mantener una imagen de estabilidad con sucesivos repartos de territorios que trataban de garantizar la gobernabilidad del vasto imperio. La progresiva desaparición de los contendientes, eliminados por sus rivales, y la consolidación de algunos de ellos en determinadas regiones del imperio en forma de grandes monarquías que fusionaban elementos griegos y orientales terminarían por poner fin a la idea de una herencia unificada; ello daría a luz a la fragmentación política del mundo helenístico.

En su lecho de muerte, Alejandro entregó su sello personal a **Pérdicas**, uno de sus principales generales, lo que le otorgó una gran ventaja inicial sobre sus rivales. Pérdicas sofocó un motín del ejército, que reclamaba el nombramiento de Arriideo, hermanastro de Alejandro, como nuevo rey, y se llegó a la inédita decisión de que el hijo póstumo y el hermanastro de Alejandro gobernasen juntos con los nombres de Alejandro IV y Filipo III, respectivamente. Pérdicas se nombró a sí mismo regente de los nuevos reyes y, abandonando los proyectos de conquista, se dedicó a consolidar su posición; ese mismo año (“Reparto de Babilonia”, 323), redistribuyó las satrapías entre la plana mayor del ejército macedonio para permitir su gobernabilidad e instauró una regencia en manos de tres hombres fuertes: Antípatro como regente en Europa, Cratero como protector (*prostátes*) de los reyes, y él mismo como regente en Asia. De inmediato, sin embargo, estallaron una serie de revueltas por todo el imperio, la más grave de ellas la protagonizada por las ciudades griegas y liderada por Atenas, que se conocería como la Guerra Lamíaca (323-322, por las operaciones en torno a la ciudad de Lamia, en Tesalia); Antípatro aplastó la rebelión y, como castigo, disolvió la Liga de Corinto, ejecutó a los cabecillas de la revuelta (Demóstenes entre ellos) y abolió la democracia ateniense. En Asia, algunos generales y sátrapas como **Antígono** (apodado “Monoftalmo”, el Tuerto) o Ptolomeo comenzaron a oponerse abiertamente a Pérdicas; en 321, Ptolomeo interceptó el cortejo fúnebre que llevaba los restos mortales de Alejandro a Macedonia y lo condujo a su satrapía, Egipto, para enterrarlos allí, lo que provocó la reacción de Pérdicas: invadió Egipto, pero tras algunas derrotas sus generales le asesinaron.

Desaparecido Pérdicas, los vencedores se reunieron para reorganizar la regencia (“Reparto de Triparadiso”, 321); Antípatro fue nombrado nuevo regente, y llevó a los dos reyes consigo a

Macedonia; se distribuyeron nuevamente las principales satrapías (confirmando a algunos generales, como Ptolomeo, en las suyas); y por último se nombró a Antígono estratega (general en jefe) del ejército de Asia, lo que le puso en inmejorable posición para convertirse en el nuevo hombre fuerte del imperio. Antígono emprendió una nueva guerra contra otro de los generales, Eumenes, que había sido aliado de Pérdicas, una guerra que duró cuatro años (320-316) hasta que Eumenes fue capturado y ejecutado por Antígono. Esta victoria permitió a Antígono reorganizar el imperio, que en 315 estaba mayoritariamente bajo su control, con excepción de Macedonia y Egipto. Sus aliados, sin embargo, se volvieron contra él, y en los años siguientes tuvo que enfrentarse a Ptolomeo (Egipto) mientras preparaba una invasión de Macedonia; las derrotas le obligaron a acordar una “Paz general” (311) que reafirmaba el orden existente: Antígono era confirmado como estratega de Asia, Casandro como regente de Macedonia, y Ptolomeo, Seleuco y Lisímaco como sátrapas en sus respectivas satrapías.

La Paz era solo una tregua temporal que Antígono aprovechó para recuperar fuerzas; en 307 envió a su hijo **Demetrio** (apodado “Poliorcetes”, el Sitiador) en una campaña naval que invadió Grecia y se apoderó de Atenas y diversas islas del Egeo, y en 306 arrebató Chipre a Ptolomeo, por lo que el ejército proclamó a Antígono y a Demetrio reyes de Macedonia; en respuesta, sin embargo, sus rivales (Casandro, Ptolomeo, Seleuco y Lisímaco) se nombraron igualmente reyes de sus satrapías, con lo que la escisión del imperio se confirmó definitivamente. El enfrentamiento decisivo entre ambos bloques se produjo en 303-301: Antígono fue derrotado y muerto en la batalla de Ipsos (301), y desapareció así el obstáculo para la consolidación de los reinos de Siria (Seleuco), Egipto (Ptolomeo), Macedonia (Casandro) y Asia Menor-Tracia (Lisímaco).

En las décadas siguientes, estos reinos se enfrentaron entre sí (fundamentalmente a causa de la expansión del Egipto de Ptolomeo a costa de territorios de Macedonia y de Siria, ver apartado 3.3); el único factor de agitación eran las actividades de Demetrio Poliorcetes, que había salvado la vida en Ipsos y había conservado el control de una poderosa flota que operaba en el Mediterráneo oriental. Con ella ocupó temporalmente Macedonia a la muerte de Casandro (297), y en la década siguiente logró extender su poder al conjunto de Grecia; la amenaza que ese nuevo poder suponía para los vecinos (Tracia y Epiro) llevó a una alianza entre Lisímaco y Pirro (rey de Epiro), que invadieron Macedonia en 288; expulsado de Europa, Demetrio invadió nuevamente Asia, pero fue derrotado y capturado por Seleuco en 286 y moriría en prisión 3 años más tarde. La desaparición de Demetrio puso fin a la dinámica de los Diádocos, los generales que utilizaron los recursos y cargos del imperio de Alejandro para impulsar sus propias ambiciones al trono imperial. En adelante, se impondría definitivamente el reparto del poder entre varios reinos helenísticos enfrentados entre sí en interminables conflictos, y se abandonaría por completo la idea de restaurar el imperio de Alejandro, cuya herencia se perdería.

### 3.2. Macedonia (323-168)

**Los Diádocos en Macedonia (323-277).** Los nuevos reyes nombrados en Babilonia en 323, Alejandro IV y Filippo III (hijo póstumo y hermanastro de Alejandro, respectivamente), fueron llevados a Macedonia por Antípatro en 321. A pesar de la anomalía de tener dos reyes, Macedonia continuó siendo gobernada con mano de hierro por Antípatro, pero su muerte en 319 abrió una crisis de poder entre el nuevo regente, Poliperconte, y el hijo de Antípatro, **Casandro**; la guerra duró tres años (319-317), y en ella se involucró Olimpia, que ordenó el asesinato de Arrideo (Filipo III) en 317, pero fue derrotada y eliminada por Casandro en 316; éste capturó también a Alejandro IV y lo mantuvo prisionero para poder confirmarse como regente, pero el joven rey sería asesinado pocos años más tarde (309). De esta forma, se extinguió finalmente la dinastía argéada, que había gobernado Macedonia durante siglos, y tomaron el poder otras familias macedonias que trataron, sin éxito al principio, de establecer una nueva dinastía. En 307-306, Casandro se enfrentó a la invasión dirigida por Antígono y Demetrio, que le arrebataron grandes porciones de las posesiones macedonias en Grecia; cuando fueron proclamados reyes por su ejército, Casandro respondió nombrándose rey de Macedonia (305) e interviniendo activamente en la campaña que les expulsó de Grecia (305-304) y que terminaría en la batalla de Ipsos.

Desaparecido Antígono, Casandro fue reconocido como rey de Macedonia por el resto de Diádocos, puesto que conservó hasta su muerte en 297.

La muerte de su principal heredero, Filipo IV, ese mismo año provocó una larga guerra civil (297-294) entre los dos hijos restantes, Alejandro V y Antípatro II, que aprovechó Demetrio para invadir nuevamente Grecia. Ambos pretendientes fueron pronto eliminados y Demetrio fue nombrado otra vez rey de Macedonia (294), aunque su actitud tiránica pronto le valió el rechazo de los nobles macedonios. Entre 290 y 288, Demetrio se vio arrastrado a una sangrienta guerra con sus dos vecinos, Pirro de Epiro (que había ocupado algunas de las regiones occidentales de Macedonia) y Lisímaco de Tracia, en la que fue derrotado y se vio forzado a huir. Macedonia cayó entonces en unos años de caos, repartida entre los grandes poderes helenísticos (Lisímaco y Seleuco) que disputaron por el trono y devastada además por una enorme invasión de pueblos celtas (los gálatas) que penetraron en Grecia en torno a 280. En 277, el hijo de Demetrio, **Antígono Gonatas**, penetró en Grecia aprovechando el caos y derrotó a una banda de gálatas, lo que le valió el nombramiento de rey de Macedonia.

**La dinastía Antigónida (277-168).** Antígono (277-239) tuvo que luchar constantemente para asentar su poder en un contexto enormemente inestable y complicado por la presencia de los gálatas, que los diferentes poderes empleaban ahora como mercenarios en sus filas. Los primeros años se enfrentó a Pirro, que ambicionaba unificar Epiro y Macedonia, pero tras una dura guerra Pirro murió en 272, lo que dejó a Antígono el campo libre en Macedonia. Reorganizó el reino y fortificó sus fronteras, dedicándose a recuperar el control de las ciudades griegas mediante una potente flota que asentó en tres grandes bases navales fortificadas (Demetrias, Calcis y Corinto, llamados los “Grilletes de Grecia”). Contra todo pronóstico, Antígono consiguió asentar su poder, pacificar Macedonia, combatir a los gálatas y devolver a su reino el papel de principal potencia del Egeo, política que continuaron a su muerte su hijo Demetrio II (239-229) y su nieto Filipo V.

Tras la regencia de su tío Antígono III Dosón (229-221), subió al trono **Filipo V** (221-179) un joven ambicioso que aspiraba a recuperar la Gran Macedonia de Filipo II. Sus ambiciones chocaron, sin embargo, con la intervención romana, que había comenzado a mostrar interés en los asuntos de Grecia. La enemistad con Roma se forjó, sin embargo, cuando Filipo decidió firmar una alianza con Aníbal y Cartago en 215, en plena Guerra Púnica, a lo que Roma respondió entre 214 y 205 alimentando una guerra en Grecia entre Macedonia y sus enemigos griegos (la Liga Etolia) para evitar que Filipo ayudase a Aníbal. La guerra terminó con una paz entre Roma y Macedonia, pero la intervención romana acababa apenas de comenzar: Filipo fue derrotado en 197, cuando perdió el control de las ciudades griegas, que quedaron bajo la protección de Roma, pero entre 191 y 188 ambos se aliaron para enfrentarse a la invasión de Antíoco III de Siria, que planeaba anexionar Grecia y Macedonia a su imperio. Tras expulsar a Antíoco, Filipo pudo dedicarse a expandir su poder en Tracia e Iliria, aprovechando su condición de aliado de Roma.

Su hijo Perseo (179-168) trató de continuar la política expansiva de su padre, con fatales consecuencias: Macedonia comenzó a aparecer como una amenaza para Roma, quien utilizó las protestas de sus aliados griegos para desencadenar una nueva guerra; Perseo fue derrotado en la batalla de Pidna (168), y los romanos decidieron acabar con el problema poniendo fin a la dinastía Antigónida y dividiendo el reino en 4 repúblicas independientes tuteladas por Roma. El reino de Macedonia dejó de existir.

### 3.3. Siria y Egipto (323-31)

**La dinastía Ptolemaica (323-30).** En el reparto de Babilonia (323), Ptolomeo, amigo personal y uno de los principales generales de Alejandro, fue confirmado como sátrapa de Egipto, región que ocupó de inmediato; en 321, su “robo” del cuerpo de Alejandro (que se dirigía a Macedonia para ser enterrado) le dio cierta legitimidad para aspirar al trono imperial, pero provocó un ataque inmediato por parte de Pérdicas, quien fue derrotado y asesinado. Con el fin de prevenir nuevas invasiones, Ptolomeo inició una expansión por el Levante, aprovechando el caos en el imperio, llegando a alcanzar la región de la Celesiria y Chipre, y ocupando incluso regiones del Egeo. Ptolomeo se opuso a Antígono Monoftalmo, que actuaba como estratega de Asia, y derrotó a

Demetrio en la batalla de Gaza (312). Nuevamente en 309 se unió en coalición contra Antígono, y cuando éste se nombró rey de Macedonia él respondió nombrándose rey de Egipto (305, **Ptolomeo I Sóter**), e iniciando una nueva dinastía que duraría hasta la conquista romana. La derrota de Antígono en Ipsos (301) consolidó su posición en Egipto, que ya nunca volvería a ser desafiada. A pesar de sus sucesivas alianzas con Seleuco, el hecho de ocupar la Celesiria provocaría futuros enfrentamientos con la vecina Siria. En 285, vinculó al poder a su hijo, Ptolomeo, que heredaría el trono a la muerte del rey (283).

**Ptolomeo II Filadelfo** (283-246) extendió el área de influencia de Egipto por el Egeo y el Levante en guerra contra Siria (ca. 280) y derrotó al reino de Kush (ca. 270), por lo que se expandió hacia el sur por el curso del Nilo al igual que las dinastías egipcias antiguas. Fue un gran impulsor de las artes y las ciencias, y convirtió Alejandría en la capital cultural del mundo helenístico. Fue sucedido por su hijo, **Ptolomeo III Evergetes** (246-221), quien recuperó la actividad expansiva, lanzando sus flotas por el Egeo y dirigiendo su ejército en campaña contra Siria y penetrando prácticamente sin oposición hasta Babilonia (ca. 245). Estas campañas marcaron el cénit político y militar de Egipto, que a la muerte del rey comenzó a declinar.

Los reyes posteriores se vieron constantemente envueltos en disputas dinásticas dentro de las complejísimas redes de la familia real, que practicaba la endogamia y el incesto sin freno. El resultado fue, en parte, un debilitamiento en el exterior: las flotas egipcias fueron expulsadas del Egeo, pero su ejército derrotó a los sirios en la batalla de Rafia (217); Ptolomeo V, por ejemplo, llegó al trono siendo un niño, lo que aprovecharon Filipo V de Macedonia y Antíoco II de Siria para invadir territorios ptolemaicos por todos los frentes; Egipto tuvo incluso que defenderse de varias invasiones, que resistió a duras penas y en un contexto de revueltas internas por parte de la población egipcia nativa, que se resentía de la dominación macedonia. Los conflictos dinásticos y las guerras civiles por el trono debilitaron a Egipto, lo que le llevaría a ponerse bajo la protección de Roma a comienzos del s. I a.C. Roma intervino en los últimos nombramientos de reyes de la dinastía, hasta la llegada de **Cleopatra VII** (51-30), quien buscaría la protección del hombre fuerte de Roma en ese momento, Julio César; fruto de su relación tendrían un hijo, Cesarión, pero a la muerte de César (44), Cleopatra decidió a apoyar a Marco Antonio, quien se preparaba para la guerra contra Octavio. Marco Antonio y Cleopatra fueron derrotados en la batalla de Accio (31) por Octavio, y se suicidaron; Octavio ordenó entonces el asesinato de Cesarión, poniendo fin a la dinastía ptolemaica y convirtiendo Egipto en una provincia romana (31).

**La dinastía Seleucida (323-63)**. Seleuco (**Seleuco I Nicátor**), otro de los amigos personales y grandes generales de Alejandro, fue nombrado a su muerte comandante de la caballería, y formó parte por tanto de los aliados de Pérdicas, pero ante las derrotas sufridas en Egipto se convirtió en uno de los instigadores de su asesinato. Por ello, en el reparto de Triparadiso (321) se le concedió la satrapía de Babilonia, que conformaría el núcleo del futuro reino de Siria. Seleuco encontró grandes problemas para estabilizarse, pues se veía amenazado por Antígono, estratega de Asia, y tuvo que huir a Egipto (315); se convirtió por tanto en uno de sus principales enemigos, y con ayuda de Ptolomeo consiguió regresar a Babilonia en 312 y reestablecerse como sátrapa, cargo que se vio confirmado en la Paz de 311; al igual que Ptolomeo, se nombró rey de Siria en 305. Empezó entonces una rápida expansión hacia oriente que le llevó a controlar todas las satrapías orientales hasta la India, pero intervino también en los conflictos con Antígono, participando en la batalla de Ipsos. En los años siguientes se expandió por Anatolia y trató de saltar hacia Macedonia, pero fue asesinado en una campaña en Tracia (281). Su sucesor, Antíoco I, recibió en herencia el reino más poderoso y extenso de los Diádocos, el que más cerca estuvo de restaurar el imperio de Alejandro.

Las satrapías orientales, sin embargo, fueron independizándose durante los reinados de Antíoco I y Antíoco II en medio de interminables guerras, y la atención de la dinastía se centró cada vez más en el Mediterráneo, donde mantenía otro conflicto permanente con el Egipto ptolemaico por el control de la Celesiria. Seleuco II, de hecho, fue completamente derrotado por Ptolomeo III (ca. 245), quien invadió el interior de Siria hasta Babilonia, lo que sumió el reino en el caos. A su muerte, sin embargo, llegó al trono **Antíoco III el Grande** (222-187), que devolvió el poder a Siria mediante campañas militares tanto en Oriente (donde restauró la hegemonía siria hasta

Bactria) como en Occidente, donde incluso intentó una invasión de Grecia (llevando a Aníbal como asesor) que fracasó por la intervención romana (191-188); derrotado y forzado a firmar la paz (Paz de Apamea, 188), por la que perdió los territorios de Anatolia, Antíoco murió al año siguiente en una nueva campaña militar.

Sus sucesores se vieron envueltos en sucesivas guerras civiles por el trono y debilitados por incesantes revueltas internas, la más conocida de ellas la de la provincia de Judea (revuelta de los Macabeos, 167-160); a finales del s. II a.C., además, antiguas regiones vasallas como Ponto, Armenia o Partia comenzaron a amenazar sus fronteras. El reinado de Antíoco VII Evergetes (138-129) supuso el último intento de recuperación del reino: con gran esfuerzo, logró sofocar las revueltas internas y recuperar territorios perdidos, y se lanzó entonces contra los partos, que, procedentes de Irán, habían sembrado en caos en las regiones de Mesopotamia; tras unos éxitos iniciales, Antíoco fue sorprendido, derrotado y muerto por los partos, cuyo rey Fraates se apoderó de todos los territorios orientales de Siria, con lo que el reino quedó relegado a sus territorios occidentales. En las décadas siguientes, los poderosos reyes vecinos (de Armenia, Ponto y, sobre todo, Partia) intervinieron para nombrar o deponer a los reyes seleúcidas; Tigranes, rey de Armenia, invadió Siria (83) y se nombró nuevo rey, interrumpiendo la dinastía seleúcida; ese intervalo duró hasta 69, cuando Roma derrotó a Tigranes y permitió el ascenso nuevamente de un heredero seleúcida, Antíoco XIII. Roma, alarmada por la permanente inestabilidad de la región, decidió intervenir de forma directa, y tras una rápida campaña militar (63), Pompeyo reorganizó la región redefiniendo las fronteras, nombrando reyes y creando nuevas provincias; en esa reorganización, Siria fue finalmente convertida en una provincia romana.

#### 3.4. Grecia (323-200)

Al conocer la muerte de Alejandro, los griegos se rebelaron en masa, en un conflicto que se conoce como la Guerra Lamíaca (323-322), que concluyó cuando Antípatro, el regente en Macedonia, sofocó violentamente la revuelta. Tras la muerte de Antípatro, los griegos se vieron envueltos en los conflictos derivados de la inestabilidad del trono macedonio, con la guerra entre Casandro y Poliperconte primero (309-317) y la invasión de Demetrio Poliorcetes después (307-306); cada bando buscaba aliados entre las ciudades griegas y les ofrecía privilegios a cambio de su ayuda, mientras que las ciudades buscaban congraciarse con un líder fuerte que las protegiese de los demás bandos y las ayudase a imponerse sobre sus vecinos. Tebas y Atenas eran las ciudades más importantes y activas en estos conflictos, y en su intento de liberarse de la dominación macedonia llamaban en su ayuda a las diferentes potencias helenísticas (Epiro, Tracia e incluso Egipto). En este contexto militarizado y de guerra constante, surgieron en muchas ciudades griegas líderes fuertes que controlaban las instituciones y ejercían el poder en solitario, y a los que las fuentes denominan “tiranos”; entre ellos se encontrarían figuras como Arato de Sición o Nabis de Esparta.

**Las Ligas.** Con el fin de enfrentarse de forma más eficaz a los grandes reinos, las ciudades griegas tendieron a formar grandes alianzas militares (Liga Arcadia, Liga Beocia), entre las que destacan la Liga Aquea (fundada *ca.* 285, reunía a las principales ciudades y regiones del Peloponeso, excepto Esparta) y la Liga Etolia (fundada a mediados del s. IV, reunía a las principales ciudades y regiones de la Grecia Central). Desde su nacimiento, la Liga Etolia se enfrentó a Macedonia por el control de la Grecia central y del santuario de Delfos, por lo que los macedonios buscaron un contrapeso que durante un tiempo encontraron en la Liga de Corinto. Tras la muerte de Casandro, Antígono Gonatas impulsó la creación de otra liga griega que contrapesase a los etolios (la Liga Aquea). Ambas estaban, por tanto, enfrentadas entre sí por la hegemonía en Grecia, y en ese enfrentamiento la Liga Aquea tendía a aliarse con Macedonia, por lo que la Liga Etolia debía buscar el apoyo de potencias externas: Tracia y Egipto primero y Roma después; se vio además muy reforzada cuando consiguió defender el santuario de Delfos de los gálatas. Las Ligas impulsaron la aparición de grandes caudillos militares, que actuaban como “tiranos” en sus ciudades de origen y a los que se confiaba la dirección del ejército de la Liga; entre ellos destacan Arato de Sición (estratego de la Liga Aquea entre 245 y 213) y Filopemén de Megalópolis (estratego de la Liga Aquea entre 209 y 184).

**Esparta.** A lo largo del s. IV, Esparta fue convirtiéndose en una potencia de segunda fila, cada vez más aislada y por tanto incapaz de recuperar el poder que había disfrutado. No había participado en las guerras contra Filipo II, quien se había limitado a obligarla a no hacer la guerra fuera de sus fronteras, y solo se movilizó contra Antípatro en 331, pero fue completamente derrotada; Esparta consiguió mantener el control sobre la región de Laconia e intervenir en los asuntos internacionales a lo largo del siglo III, pero su constante enfrentamiento con Macedonia la debilitó considerablemente. Los reyes Agis IV (245-241) y Cleomenes III (235-222) trataron de llevar a cabo una serie de reformas internas para aumentar el número de ciudadanos y reforzar así el ejército espartano, introduciendo además el armamento y las tácticas macedonias; el resultado fue un breve renacimiento de Esparta, que entró en guerra con la Liga Aquea por el control del Peloponeso. La recuperación espartana fue tan rápida que Macedonia se vio rápidamente amenazada, y la emergencia le llevó a soslayar su larga enemistad con la Liga Aquea: en 224, macedonios y aqueos cerraron una alianza que terminaría por imponerse sobre los espartanos en 222 en la batalla de Selasia; Cleomenes huyó, y fue asesinado pocos años más tarde en Alejandría. Los reyes posteriores siguieron defendiendo las fronteras de Esparta y tratando de expandirlas; Nabis (207-192), fue el último gran rey de Esparta, que probablemente reinó en solitario, por lo que las fuentes lo presentan como un “tirano”; emprendió nuevas reformas que devolvieron cierto esplendor y riqueza a la ciudad, pero los romanos invadieron la región en 197 y hundieron nuevamente a Esparta; Nabis fue asesinado en 192, y la ciudad fue forzada a entrar en la Liga Aquea, con lo que perdió su autonomía.

### 3.5. La conquista romana (229-146)

Roma comenzó a interesarse por los asuntos de Grecia a raíz de la unificación de la Península Italiana, que completó en 272; ejércitos griegos (Pirro de Epiro) habían participado en los momentos finales de esas guerras, por lo que los romanos comenzaron a vigilar a Macedonia y a preocuparse por el riesgo que su expansión suponía para los intereses de Roma. La primera intervención romana se produjo en las costas de Iliria, donde había surgido un reino dedicado a la piratería que amenazaba a las ciudades griegas y ponía en peligro las rutas comerciales; este reino ilirio se alió con la Macedonia de Antígono Dosón para doblegar a las ligas griegas, las cuales pidieron ayuda a Roma. En dos guerras sucesivas (I y II Guerra Iliria, 229-228 y 221-219), los romanos derrotaron a los ilirios, restablecieron las fronteras, devolvieron la autonomía a las ciudades griegas y establecieron alianzas con ellas; en 228, además, crearon un pequeño protectorado romano con capital en Apolonia, destinado a vigilar a Macedonia y contar con una base de operaciones para futuras intervenciones en Grecia.

**I Guerra Macedónica (214-205).** Cuando los romanos fueron estrepitosamente derrotados por Aníbal durante los primeros años de la II Guerra Púnica, numerosas potencias se acercaron a Cartago, viéndola como vencedora. Filipo V de Macedonia cerró un tratado de alianza con Aníbal en 215, por el que se comprometía a enviarle ayuda militar con la que terminar la guerra; para evitarlo, los romanos entraron en guerra con Macedonia, impulsaron revueltas de las ciudades griegas y enviaron tropas a Grecia. Durante esta guerra, Filipo amenazó el protectorado romano de Iliria, lo que llevó a Roma a cerrar un tratado con la Liga Etolia para que declarase la guerra a Macedonia. En los años siguientes, Roma abandonó casi por completo el escenario griego, concentrada en la invasión de Aníbal, por lo que los etolios combatieron casi en solitario contra Filipo; la guerra se estancó y los romanos prefirieron llegar a un acuerdo, la Paz de Fénice (205), por la que Roma perdía parte del protectorado ilirio. La paz, sin embargo, no fue más que una distracción romana para ganar tiempo mientras derrotaban a Aníbal en Italia y África.

**II Guerra Macedónica (200-197).** La oportunidad se presentó pocos años más tarde, cuando algunos estados griegos (Pérgamo y Rodas) acudieron a Roma en busca de ayuda contra la expansión de Macedonia por el Egeo. Roma envió nuevamente tropas para defender a sus aliados pero el avance se estancó por la fuerte oposición militar de Filipo. El cónsul de 198, T. Quincio Flaminio, cambió el curso de la guerra penetrando en el interior de Macedonia y logrando atraer a la Liga Aquea a romper relaciones con Filipo, quien entabló negociaciones con Roma; las

exigencias romanas (libertad de las ciudades griegas, retirada de las tropas macedonias de Grecia) hicieron fracasar las conversaciones, pero al reanudarse las hostilidades Filipo fue completamente derrotado por Flaminio en la batalla de Cinoscéfalos (197). Macedonia fue entonces obligada a aceptar las condiciones de Roma: retirada de las tropas macedonias (evacuación de los llamados “Grilletes de Grecia”), independencia de las ciudades griegas, reducción del ejército macedonio y cobro de indemnizaciones económicas a los vencedores. Esta derrota sembró un profundo resentimiento en Filipo, que buscó la oportunidad de derrotar a Roma y restaurar la influencia macedonia en Grecia.

**La guerra siria (192-188).** Antíoco III de Siria trató de aprovechar el vacío de poder dejado en el Egeo por la derrota de Filipo iniciando una expansión por Anatolia cuyo objetivo final era invadir la propia Macedonia. Se alió con la Liga Etolia, descontenta con Roma por no haber recibido el reconocimiento que esperaban tras la victoria sobre Macedonia, y usó el descontento de los etolios como excusa para intervenir en Grecia. Al desembarcar, sin embargo, Antíoco se encontró con que sus potenciales aliados flaqueaban, mientras que en contra se encontraba no solo Macedonia y la Liga Aquea, sino también la propia Roma, que envió un ejército consular. Antíoco fue derrotado en las Termópilas en 191, y sufrió varios reveses navales en el Egeo, pues las potencias navales de Pérgamo y Rodas habían entrado en la guerra en el bando romano, hechos que le llevaron a iniciar negociaciones de paz; de nuevo, las elevadas exigencias romanas (retirada siria de Asia Menor) provocaron la resistencia de Antíoco, que forzó un nuevo enfrentamiento en Magnesia (189), donde fue completamente derrotado. Obligado a aceptar las condiciones de la Paz de Apamea (188, retirada de Asia Menor y reparto de los territorios anatolios entre los aliados de Roma), Antíoco regresó a Siria; Roma se vio reforzada como potencia hegemónica en el Egeo, imponiendo una alianza a la Liga Etolia (lo que favoreció a la Liga Aquea, que se expandió todavía más por Grecia).

**III Guerra Macedónica (171-168).** Macedonia seguía tratando de recuperar su antiguo papel de potencia en Grecia, lo que le llevó a amenazar territorios de aliados romanos como Pérgamo, quien recurrió a Roma. Los romanos declararon la guerra a Macedonia aprovechando la oportunidad que se les presentaba de poner fin a las actividades de un potencial rival en Grecia, pero sus tropas fueron al principio derrotadas por los macedonios del rey Perseo; la momentánea debilidad romana llevó a otras potencias griegas (Iliria y Epiro) a aliarse con Macedonia, pero Roma reaccionó encomendando la guerra al cónsul L. Emilio Paulo, quien derrotó a Perseo en la batalla de Pidna (168). Roma puso fin a la dinastía antigónida y al reino de Macedonia, dividiendo su territorio en cuatro repúblicas independientes y obligadas a no aliarse mutuamente; por su apoyo a Macedonia, y para purgar a los detractores de Roma, los romanos castigaron también a la Liga Aquea, tomando centenares de rehenes entre sus principales líderes.

**IV Guerra Macedónica (150-148).** Grecia se sumió en el caos como consecuencia de las purgas romanas y de la inexistencia de una potencia clara. En esa situación, un usurpador, Andrisko, trató de restaurar la monarquía macedonia haciéndose pasar por hijo de Perseo, y consiguió el apoyo de los numerosos descontentos que había en Grecia contra la presencia romana. Los rebeldes fueron derrotados por Roma de nuevo en Pidna (148), pero, con el fin de evitar un episodio similar en el futuro, convirtieron a Macedonia en una provincia romana (146).

**La Guerra Aquea (147-146).** Roma confió a la Liga Aquea la misión de pacificar Grecia tras la guerra, ocasión que los aqueos aprovecharon para castigar a Esparta, que se había rebelado contra la Liga y buscaba su independencia. Cuando los romanos intervinieron, decretaron la libertad e independencia de todas las ciudades griegas, lo que suponía la disolución de la Liga Aquea, decisión que empujó a la Liga a una guerra desesperada contra Roma. Los romanos, bajo el mando de Q. Cecilio Metelo, derrotaron a los ejércitos de la Liga y capturaron su cuartel general, Corinto; para dar un ejemplo a todos los griegos, los romanos destruyeron la ciudad (146), lo puso fin a la guerra. Las regiones que habían combatido contra Roma fueron colocadas bajo el control de un gobernador, en la nueva provincia de Acaya; este hecho marcó el fin de la independencia de los griegos, quienes quedarían en adelante sometidos a Roma.